

# REVISTA DE ESPAÑA



DIRECTORES: ANTONIO ESPINA, JOSE DIAZ FERNANDEZ

## S U M A R I O



Editoriales: *El Patronato del Turismo*; *La nueva burocracia y el régimen de monopolios y consorcios*; *Un partido abortado*; *La acción universitaria*.—Ideas políticas.—Una carta de Azaña.—Caricatura, Maside.—Ensayo sobre el caciquismo, J. Díaz del Moral.—Cómo se vivía hace cien años y cómo se vive hoy, J. de Abendaño.—Racine, maestro de la elocuencia francesa, Emile Vandervelde.—La propaganda de la dictadura en Francia, J. López y López.—Los problemas de la vivienda, F. García Mercadal (arquitecto).—La vida de Trotski, F. Fernández Armesto.—El romanticismo y la joven literatura francesa, A. Haburu.—Rifi-Rafe.—Carta de Estocolmo: Hjalmar Brautling y el socialismo sueco, Ernesto M. Dethorey.—Recuerdos de un médico de pueblo: *Los aprendices de brujo*, Pío Baroja.—Reorganización seudocívica de la picardía (carta de un hombre nuevo), Ramón J. Sender.—Música: *El «Bolero» de Ravel*, Jesús Bal y Gay.—El periodismo en función del proletariado, Maximiano G. Venero.—Cinema: *Shakespeare en la pantalla*, José de la Fuente.—Un rebelde, Ogier Preteceille.—Vida española: Cataluña: *Lucha de libros*, N. Molins I. Fábrega.—Los libros.—Reseña teatral.—La quincena internacional.—Noticias literarias.—La tonificación de los neutros, Antonio Espina.—Fotografías.

AÑO I  
Ayuntamiento de Madrid

NUM. 4

35 CTS.



## EDITORIALES

## EL PATRONATO DEL TURISMO

Para disculparse de no haber cumplido con su misión, a pesar de los 29 millones de pesetas gastados, el Patronato del Turismo hace decir a sus funcionarios, en artículos que publican los periódicos a tanto la línea, que la propaganda de las Exposiciones de Barcelona y Sevilla no le incumbía al Patronato, sino a otro estúpido organismo, la Comisión de Enlace, donde se encontraba instalada otra copiosa burocracia. Entonces, ¿qué misión tenían los 29 millones del Turismo? ¿Pagar sueldos e imprimir folletos y carteles ridículos a cargo de los peores dibujantes de España? A los fondos del turismo hay que añadir los de la Comisión de Enlace. Si la norma de estos organismos no fuera el despilfarro, hubiera bastado para tal misión la Comisaría del Turismo.

Hay que hacer historia, para que el pueblo español sepa cómo se han dilapidado sus intereses. En mayo de 1928 ya estaba en funciones la Secretaría Técnica del Patronato, entregada a la ineptia más absoluta, como no fuese el nombramiento de empleados ociosos. El Gobierno se vió obligado entonces a dictar una Real orden, que apareció en la *Gaceta* el 21 de diciembre, ordenando al Patronato la urgente organización de una intensa propaganda en favor de las Exposiciones. El Patronato no hizo nada de provecho, porque se reclutaron los altos cargos entre amigos de la dictadura y gentes incapacitadas para la obra de propaganda. El Patronato ofreció traer un millón de turistas, que no aparecieron por ninguna parte. Los trabajos hechos son realmente pintorescos, como demostraremos en otros artículos.

El Patronato ha dispuesto de una subvención de siete millones de pesetas y de un empréstito de 23.500.000. En total, 30 millones y medio de pesetas. Si el Gobierno, en vez de crear el Patronato, hubiera regalado 1.000 pesetas a cada turista, hubiéramos recibido, por lo menos, la visita de 30.500 turistas. ¿Cuánto dinero necesitaba el Patronato para traer a España el millón de turistas ofrecido, como *mínimum*. ¿Mil millones? ¿Diez mil millones?

Vamos a ofrecer a nuestros lectores unas cifras que ilustren hasta el exceso este despilfarro, que sigue en pie si el Gobierno Berenguer no adopta las medidas que solicitamos. Para 1930, el presupuesto de gastos del Patronato del Turismo asciende a 28 millones de pesetas. Los ingresos se calculan en siete millones, procedentes de ese famoso seguro obligatorio, cuyo arbitrio tiene escandalizados a los extranjeros que llegan a España. Pero el Patronato no se aterra. Decreta los gastos siguientes, que han de pesar sobre el Estado español:

Local, personal y material de oficinas, 3.156.000 pesetas (que es lo que costaba un ministerio del antiguo régimen). A esto hay que añadir 1.775.000 pesetas anuales de interés del empréstito emitido, que, por acumulación, llega a la cifra anual de 3.000.009 pesetas; es decir, más del 75 por 100 de los ingresos ordinarios.

Figuran, además, las siguientes partidas:

## NUEVA ESPAÑA

REVISTA QUINCENAL

Año I \* 15 de marzo de 1930 \* N.º 4

Redacción, Administración y Talleres:  
ALTAMIRANO, NUMERO 18  
MADRID

Teléfonos números 40643 y 40505

Para instalación de nuevas oficinas (¡todavía más!), 670.000 pesetas.

Para nuevas adquisiciones, 3.815.000 pesetas.

(Por el mismo vago concepto de *nuevas adquisiciones* se gastaron en el presupuesto anterior 4.200.000 pesetas.)

Para «impresión» de folletos, pesetas 1.000.000.

Para «organizar un plan de propaganda» (el plan vendría luego), 3.850.000 pesetas.

Estas cifras son rigurosamente exactas. Proceden del informe que el representante de la Banca en el Patronato ha presentado a sus poderdantes para darles cuenta de la desastrosa gestión del organismo.

La notable revista financiera *El Economista* pone el siguiente comentario a esta zarabanda de millones: «Sin perjuicio de que se exijan en todos los casos las responsabilidades que proceden, es preciso cortar todo eso como lo corta un incendio.» Hacemos nuestras estas palabras. El Gobierno Berenguer debe impedir que el Patronato del Turismo pueda continuar su funesta obra de dispendios. Debe disolver este organismo inútil, revisar los gastos hechos y organizar las propagandas de España de manera absolutamente diferente. Si esto no se ataja, se derrocharán este año otros 30 millones de pesetas.

Con esta administración y este des-gobierno, ¿cómo no había de bajar la peseta?

## LA NUEVA BUROCRACIA Y EL REGIMEN DE MONOPOLIOS Y CONSORCIOS

Cuando un Estado pierde el pulso, es decir, cuando la política no sirve para administrar, se instaura el régimen del monopolio y del «cartel». Algunos «técnicos», de esos que había descubierto la dictadura para cohonestar su gestión, quisieron demostrarnos la doctrina de la llamada concentración de capitales y, sobre todo, la tradición socialista del monopolio. Pero sólo a estos «técnicos» se les puede ocurrir comparar los monopolios del Estado—teoría socialista—con el monopolio particular—teoría de los «polacos», por no llamarles de otra manera—. El resultado de tal obra lo está sufriendo nuestra divisa monetaria.

El déficit del presupuesto en 1930 es de 45 millones de pesetas. La Deuda pública, en 1923, se elevaba a 15 millones de pesetas. En 1930, a 20.200 millones. La deuda exterior alcanzaba 700 millones de pesetas. La dictadura se apunta como única gloria la de haber terminado la guerra de Marruecos; pero nunca hubo un déficit tan grande ni una deuda de tal calibre. Ni siquiera durante los desastres de Cuba o a raíz de las catástrofes marroquíes.

Y es que la administración ha sido

Ayuntamiento de Madrid

pésima y la iniciativa ministerial fruto de «técnicos» y arbitristas. La burocracia del nuevo régimen no tiene precedentes en nuestra política. Consejo Superior del Combustible, Consejo Superior de Ferrocarriles, Confederaciones Sindicales, Consejo Superior de la Economía, Comité Regulador de la Industria, Nacional, Caja del Fomento de la Propiedad, Circuito Nacional de Firms Especiales, Patronato del Turismo, Cámara del Motor y el Automóvil, Comisaría del Algodón, Comité Conservero, Comités paritarios a centenares, Comisiones mixtas, Corporaciones, etc., etcétera; Monopolios de Transportes, del Corcho, de Teléfonos, de Petróleos; Consorcios de la Carne, del Pan, del Arroz... Primo de Rivera había hecho un Estado que se bamboleaba porque no podía ya con tanto peso. Le faltaba la base de la riqueza nacional desenvuelta. Además, había establecido el privilegio en la industria, de manera que, desaparecida la competencia, sólo quedaba el monopolio de los negocios unipersonales.

El Gobierno actual va enmendando algunas de estas iniciativas; pero hasta que haga desaparecer la red de monopolios y consorcios, los organismos complejos y la burocracia excesiva, no habrá dado cima a su tarea de rectificaciones, que se va haciendo inaplazable.

## UN PARTIDO ABORTADO

Ya dijimos en nuestro último número que el señor Cambó se había equivocado rotundamente en la «maniobra» preparatoria para la atracción de las derechas. Su proyecto de crear un gran partido conservador de apariencia constitucional y dictatorial de fondo, no ha tenido en Madrid la acogida que el político catalán y su pequeña corte de amigos suponían.

Sin embargo, hubo un momento, antes de hacer Cambó sus famosas declaraciones—«ni derechas ni izquierdas», «alejamiento de las Cortes», etc.—en que parecía haber llegado su hora. La hora del triunfo, de capitalizar (perdonad la metáfora) sus ideales políticos en la espléndida compañía de un gobierno presidido por él; por el antiguo y acreditado campeón regionalista. Los núcleos dispersos de los partidos conservadores se alucinaron un minuto. El contacto con Palacio empezó a establecerse. Hubo tales y cuales conciliábulos entre viejos ex ministros, exploraciones a los cabecillas de las Finanzas y a determinados elementos (sic) del Ejército... El señor Cambó no tenía otra cosa que hacer sino inspirar confianza y ser discreto.

No supo conseguirlo. Enseñó la oreja desde las primeras gestiones. Se mostró vacilante, inhábil en la especie de desafío inocente que lanzó a las izquierdas. Y demasiado comprometido con lo que en sus tiempos de parlamentario—del Parlamento de España—llamaba con maligno eufemismo «el problema de Cataluña». Así como a Robespierre le ahogaba la sangre de Danton, al gran D. Francisco, el de la «Lliga», le ahoga la tinta roja del catalanismo.

En efecto, resulta absurdo pensar que las derechas españolas no repugnen en Cambó su historia. Las derechas españolas, incluso las catalanas, son afectas al centralismo, pues esta polarización no



es otra cosa, al fin y al cabo, que una forma refinada del régimen capitalista. Los conservadores de Cataluña manejaron siempre el espectro del separatismo, sin desear siquiera la autonomía, porque de este modo lograban mejor favores y privilegios del poder central. En cambio, las izquierdas de toda España son francamente, abiertamente regionalistas. Cambó tampoco ha sabido concretar su actitud actual en el viejo pleito.

En fin, un fracaso rotundo en todas direcciones, incluso en dirección a los intelectuales monárquicos, que, aunque en política son la última palabra del credo y nadie les hace caso, no se han avenido a hacer el juego al abortado camboismo.

### LA ACCION UNIVERSITARIA

Conviene especificar bien el carácter de toda acción universitaria, no sólo por parte de los estudiantes, que tan radical y gallardamente han defendido sus derechos, sino también por lo que se refiere a la ola de los profesores.

Es indudable que para dar jerarquía a la Universidad y mantener la pureza de todo principio cultural se necesita una actuación constante de carácter profesional en el régimen interior de los centros culturales. Para eso las Asociaciones de estudiantes, apolíticas, interpretan fielmente este sentido federativo, que no se detiene en su órbita nacional, sino que actúa por encima de las fronteras. Por eso mismo, las organizaciones confesionales no tienen razón de ser.

Ahora bien; lo que pudiéramos llamar política universitaria, es decir, la transformación de la cultura dentro del Estado, no puede llevarse a cabo sino a base de núcleos y programas esencialmente políticos. Todo partido político debe tener un repertorio de soluciones culturales a realizar desde el Poder. Sin ese sentido, hay que reconocer que, lo mismo catedráticos que estudiantes, unidos bajo el común denominador de la ciudadanía, precisan desarrollar una acción extrauniversitaria permanente, constante, como cumple a las minorías inteligentes de un pueblo. Por lo tanto, cada profesor, cada alumno, fuera de su cerrado círculo universitario, debe actuar adscrito a organizaciones esencialmente políticas, que no tengan sólo un programa de clase, sino un itinerario avanzado para todos los problemas del Estado. Y como la política es una cosa orgánica, estructurada, que no se circunscribe a los límites de una actividad o una profesión nivelada, un «partido universitario», por ejemplo, no tendría razón de ser. Como no podría hacerse un partido de abogados, de médicos o de farmacéuticos. La acción universitaria fuera de la Universidad hay que encomendársela a los partidos políticos, que tienen el deber de presentar normas culturales nuevas (con arreglo al desenvolvimiento de la educación y de sus ideas).

Mientras la Universidad sea el monopolio de una clase social, no se habrá liberalizado. Mientras el Estado no se transforme, no es posible transformar organismos tan atados a él como son los organismos pedagógicos.

**No nos es posible publicar un artículo de D. Julián Zugazagoitia.**

# IDEAS POLITICAS

## REVISADO POR LA CENSURA

UNA CARTA DE AZAÑA

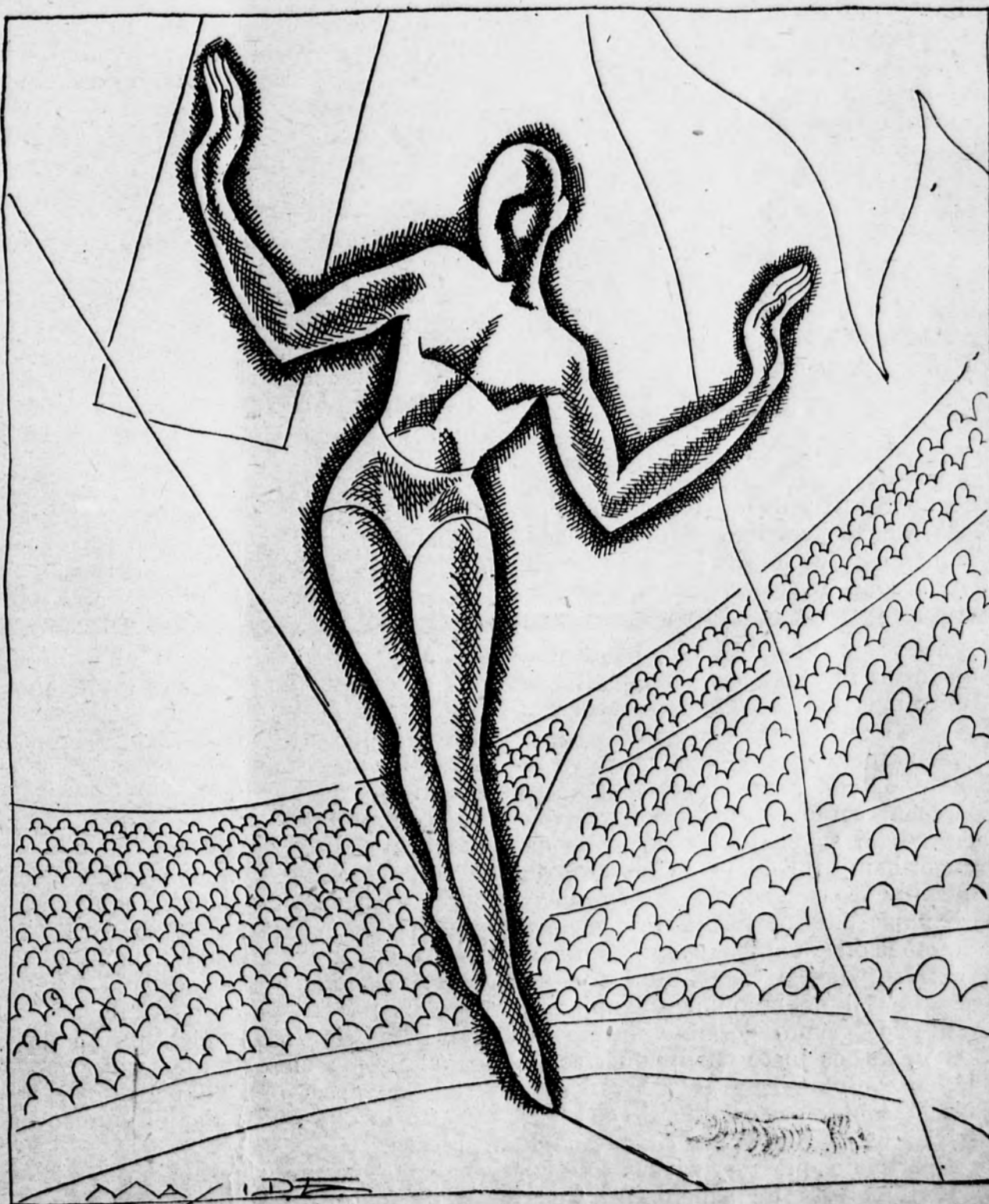
### EL FRENTE REPUBLICANO

Sobre el artículo del Sr. Lerroux, ya comentado por nosotros, ha escrito don Manuel Azaña la siguiente carta, dirigida a D. Marcelino Domingo:

«Querido amigo: Leo en *El Liberal* de hoy, sábado, el artículo de usted contestando al que Alejandro Lerroux ha escrito en el mismo periódico sobre la formación del que llaman, con vocabulario de guerra, «frente único». Usted y yo hemos entendido el artículo de Lerroux de igual manera: nos ha parecido que Lerroux admitiría una federación, conjunción, o como quiera decirse, no sólo entre republicanos y socialistas, sino con los monárquicos más o menos descoloridos por las intemperies últimas, y que, en virtud de razones hasta hoy secretas, no se han definido sobre la futura forma de Gobierno; actitud que nos permite suponer que si-

guen siendo monárquicos. Y usted pregunta: ¿Es el pensamiento de Lerroux exclusivamente suyo? ¿Es también el de la Alianza Republicana? La pregunta era muy de esperar. Dada su generalidad, podemos creernos autorizados a contestarla cualquiera de los que tomamos alguna parte en la dirección de la Alianza.

No; Alejandro Lerroux no ha expresado la opinión de la Alianza Republicana. En rigor, nada hay en su artículo que permita creer otra cosa. Pero la curiosidad de usted es legítima, la importancia del caso, innegable; y todas las ventajas están, como siempre, del lado de la claridad y de la precisión en las palabras y en los fines que se persiguen con ellas. La Alianza Republicana no ha deliberado sobre el asunto, porque no se le ha propuesto, ahora, ni tiene intención de buscar inteligencia alguna con políticos monárquicos. Si la cuestión se plantease, tendría que ser resuelta en una asamblea, y en ella cada cual defendería su criterio. Pero sí pue-



EL FUNAMBULISTA: La única ley que no se puede burlar es la ley de la gravedad.  
Ayuntamiento de Madrid



# ENSAYO SOBRE EL CACIQUISMO

por J. DÍAZ DEL MORAL

La frivolidad y el aturdimiento en política constituyen una falta de honradez. Empezar de nuevo los caminos que condujeron a la derrota es un caso de vesania o un caso de delincuencia. Cuando el estrato más inteligente de un país, su más alta jerarquía moral, su *conciencia vigilante*, como diría Spengler, se dispone a afrontar un período constituyente de la vida pública, asumiendo el papel de protagonista en el formidable drama de la Historia, su primer deber consiste en precisar el diagnóstico y la etiología del mal que minó la vida del cuerpo social corrompido. Nadie dudará, pues, ni aun las propias células corruptoras, de que en el presente amanecer de una nueva España hay que acometer otra vez con lealtad, con serenidad, objetivamente, el estudio del terrible morbo que corroe la vida política nacional. Hay que plantear de nuevo el llamado problema del caciquismo, tantas veces esbozado, casi nunca analizado a fondo en su génesis y en su trayectoria, en todas sus caras, en sus más apartadas proyecciones. Quejarse de él y maldecirlo sin cesar, imputarle todos los desastres del Estado, atribuirlo cada grupo al de la acera de enfrente, partiendo todos de que se trata de un fenómeno social perfectamente conocido, es algo peor que perder el tiempo: es renunciar a toda tentativa de remedio. ¿Qué es el caciquismo? ¿Cómo nació? ¿Cuáles son sus resortes vitales? ¿A qué sectores se extienden sus dominios? ¿Es un mal superficial, de *costra*, fácilmente remediable, o se trata, por el contrario, de un vicio esencial, constitucional de la *gens hispana*? Este articulejo y sus sucesores aspiran a desvelar algunos aspectos del problema. Tal vez con ello, tal vez trayendo al foco de la conciencia colectiva, desnudos y desarticulados, los factores integrantes del mal, logremos conquistar una posición estratégica eficaz para combatirlo.

\*\*\*

Al alborear la Edad Media se produjo en el Occidente europeo un fenómeno de transfusión de los poderes públicos; a la dispersión y la multiplicidad de los siglos precedentes suceden la unidad y la concentración; se extinguen las

libertades que, en forma de privilegio, atribuían al clero, a la nobleza y a las ciudades cierta participación en la soberanía, y los reyes vinculan en sus manos todas las atribuciones del Estado. Pasa por dogma que todo poder procede de Dios, y de Dios creen los reyes haber recibido el suyo, *directa y exclusivamente*. La Iglesia misma les queda sometida. (La teoría pontificia de la Luna—el emperador—y el Sol—el papa—, rota en Anagni por la espada del caballero Nogaret, se hunde definitivamente cuando los lasquetos de Carlos V demuestran con hechos a Clemente VII que, al menos en el orden temporal, Dios confiere el poder a los reyes, y no a los pontífices.)

El renovador principio de Derecho político, percibido con claridad y llevado a su plenitud por nuestros monarcas, antes y con mayor perfección y energía que sus colegas, confieren a España la hegemonía continental durante más de un siglo. Villalar y la ejecución de los comuneros, las Cortes de Toledo de 1538 y el suplicio de Lanuza, proclaman ostensible y aparatosamente el aniquilamiento de las libertades ciudadanas y de los derechos nobiliarios. Más disimuladamente, en una larga y tenaz labor diplomática, logran también los reyes poner a la jerarquía eclesiástica nacional bajo su mano. (Las bulas de Julio II y Adriano VI y el concordato de 1753 *concediendo o pactando* el Real Patronato, y la Real Cédula de 9 de abril de 1588 y la Carta acordada de 5 de abril de 1709, por las cuales la majestad católica se atribuye a sí misma, *sin necesidad de concesión*, el *regium exequatur*, convierte a la Iglesia española en una dependencia de la corona.)

El rey lo es todo: es la fuente viva del derecho y del poder, es el único sujeto activo del derecho; *respecto a él*, los súbditos no tienen ninguno; la realeza no es susceptible de obligaciones, sus facultades son ilimitadas e incondicionales, sólo a Dios debe rendir cuenta de sus actos. Esto es lo que se llama Monarquía absoluta. En ella los súbditos no son ciudadanos, sino esclavos. La propiedad, la libertad, la vida, no son derechos suyos, sino *concesiones* graciosas del soberano,

poseídas en precario y revocables en todo momento (confiscaciones y prisiones indefinidas sin proceso judicial, asesinatos decretados por razón de Estado, etc.). Con genial agudeza de visión, el arte ha definido esta figura jurídica mucho mejor que los legistas. El plebeyo alcalde extremeño tiene por indudable que al rey pertenecen «la hacienda y la vida», y el nobilísimo conde de Benavente le dice al emperador: «*Vuestro soy, vuestra es mi casa; de mí disponed y de ella*». Uno y otro salvan únicamente una categoría extrajurídica, un concepto de orden moral: el honor.

Por una feliz inconsecuencia, los reyes no llevaron a la práctica las derivaciones lógicas del sistema. Como en el siglo XIX habían de donar a los vasallos las libertades políticas en forma de *Cartas otorgadas*, *conceden* ahora a los súbditos el ejercicio de toda suerte de derechos en las relaciones de unos con otros en el ámbito del derecho privado. En cambio, les vedan celosamente todo intento de participación en la vida pública; en este orden, entre el soberano y el vasallo sólo cabe una actitud: la de la obediencia. La Monarquía absoluta se caracteriza por la anemia del Derecho político y por la exuberante floración del Derecho civil. Todo en ella se convierte en Derecho civil. Hasta las relaciones más típicamente jurisdiccionales se disfrazan de instituciones privadas. El rey transmite a veces al vasallo fragmentos de su potestad ejecutiva o judicial mediante contratos de compraventa (oficios enajenados de la Corona); los cargos concejiles se arriendan y se venden por *juro de heredad*; las contiendas de jurisdicción territorial entre pueblos se ventilan como pleitos ante los Juzgados y Chancillerías; el poder mayestático mismo se transfiere por testamento.

Este ambiente se prolonga en España desde fines del XV hasta bien entrado el siglo XIX. Salvo las conmociones regionales de mediados del XVII y alguna que otra revuelta popular, la casi totalidad del pueblo español vive sistemáticamente apartado de la vida ciudadana durante tres siglos largos. Trescientos años de férrea disciplina esculpen en el alma española la convicción de que, por ley natural, unos *nacen* para mandar y otros para obedecer. (Las enormes masas populares que aclamaban al *rey canalla*, constituían, sin duda, la expresión más genuina y más auténtica del alma nacional.) El secular colapso de la vida política, que arrancó de cuajo el interés por lo colectivo, produjo por contragolpe una exacerbación del sentimiento de la individualidad. El congénito afán de lucha y de predominio, no pudiendo expandirse en los negocios del *pro-común*, encuentra un refugio en el derecho civil. Aquellos fueron los siglos de lo individual, de lo insolidario, siglos de lucha entre particulares, siglo de oro de los pleitistas, siglos venturosos para abogados, procuradores, escribanos, juzgados y chancillerías.

De tal suerte, cuando el clarín de los derechos del hombre y del ciudadano resonó en toda Europa y la Revolución francesa puso el timón del Estado en

do y debo decir a usted que, hasta donde alcanzan mis noticias, la mayoría de la Junta nacional es adversa a tales pactos.

Personalmente, soy irreductible enemigo de extender nuestro «frente» por la derecha, como esa extensión no venga precedida, según tuve ocasión de decir en el banquete de 11 de febrero, del reconocimiento explícito, sin remilgos ni distinguos, de la forma republicana. La aprobación que los oyentes prestaron a mis palabras me autoriza a suponer que tal es la opinión dominante en todos los grupos del republicanismo.

Dicho esto, es justo añadir que, según he creído comprender en la conversación mantenida hace pocas horas con Lerroux, ni usted ni yo hemos entendido bien el artículo que motiva sus preguntas. Lerroux está de acuerdo con nosotros, en el fondo, y su artículo se di-

rige a que no atosiguemos ni conminemos a los monárquicos que están ahora liando los bártulos para mudarse al campo republicano. Existe el temor de que si los atosigamos y los conminamos, se asusten o se enfaden, y se queden tan monárquicos como estaban. Yo no comparto ese temor, ni creo que preguntar a un hombre público lo que piensa sobre la situación del país, equivalga a conminarlo. Así, por ejemplo, yo no me siento atosigado por las preguntas que usted hace en *El Liberal* a la Alianza Republicana. Pero como no me corresponde explicar lo que Lerroux ha dicho por su propia cuenta, me limito a contestar las preguntas de usted con esta carta, a la que puede dar el empleo que le plazca.

Créame su muy afectísimo amigo y correligionario,

MANUEL AZANA.»

Ayuntamiento de Madrid



manos de los pueblos, el español estaba integrado, casi en su totalidad, por una masa amorfa, sin el menor interés por la cosa pública, masa egoísta, ajena totalmente a los nobles afanes de la ciudadanía, compuesta de individuos, de particulares, atento cada uno a lo suyo.

Al iniciarse, pues, la vida política española en el siglo XIX, el nuevo actor, el pueblo, carecía del sentido, del gusto y de la actitud para desempeñar el altísimo papel que la Historia le deparaba. Y el mal era tan extenso, que subsiste, aunque atenuado, al cabo de cien años. ¿Puede alguien dudar de que el abstencionismo de la masa neutra, su inhibición en las contiendas políticas, es condición indispensable, aunque no sea la causa, del terrible morbo de la vida pública española?

El ambiente social, cimiento insustituible, base obligada del caciquismo, no es una improvisación del siglo XIX, sino que hunde sus raíces en estratos seculares. Mas, ¿por qué no se produce el mismo fenómeno en los países europeos que sufrieron, como España, los rigores del régimen absoluto? La solución de este problema, que intentaré en otro artículo, servirá además para precisar el momento y el modo de nacer el caciquismo.

(Continuará.)

## MIENTRAS DURA EL "RALENTI" CÓMO SE VIVÍA HACE CIEN AÑOS Y CÓMO SE VIVE HOY

por J. de Abendaño

El difunto —políticamente— Marqués de Estella tenía a veces algunos aciertos humorísticos extraordinarios. Así, cuando no echaba sapos y culebras de nostando a la Prensa—de la que llegó a reconocer tenía enfrente el 90 por 100—, elogiaba calurosamente el alto nivel cultural a que había llegado durante su régimen. Naturalmente, para apuntarse un tanto a su favor, exactamente igual que cotizaba un tempero favorable o la carencia de víctimas en un descarrilamiento.

Los ensayos sobre el origen de los Colones o la influencia de la ocarina en el arte negro, a que había que recurrir para llenar los periódicos, blanqueados por el lápiz rojo, conmovían las más sensibles fibras de la innegable curiosidad intelectual del políticamente difunto gobernante, o excitaban en él aquella su antes insospechada vena humorística, que tan sazonados frutos de literatura oficial nos deparara.

Las circunstancias parecen situarnos

de nuevo en un compás de espera. El Gobierno, bien a su pesar, según parece, —ya tendremos ocasión de saberlo por la duración del «intermedio»— ha decidido aplicar el «ralenti» a la vuelta de la normalidad, su única razón de existencia. Ha llegado, pues, la hora de hacer un poco de esa alta cultura que envanecía al ex presidente, inactualizándonos. Dejémoslos de comentar las ideas y los hechos de 1930, que, al fin y al cabo, conoce el lector por vivirlos; demos también nosotros marcha atrás y, entretanto, analicemos...

\*\*\*

Estamos en 1816 y en los Estados Unidos. (Mejor dicho, lector, en Madrid. 1930, y fusilando una revista, la famosa *Monthly Review*: las cosas claras.)

Penetremos indiscretamente en el hogar de un modesto burócrata, que se podía permitir el lujo de sostener los siguientes ingredientes de amor mesocrático: mujer, un niño de cinco años, una criada «para todo» y un huésped. Desde luego, suponemos que éste únicamente a los efectos de reforzar los ingresos. En total, 1.000 dólares de sueldo, y entre una pequeña renta y alguna «chapuza» más, cerca de 2.000 dólares anuales en el haber.

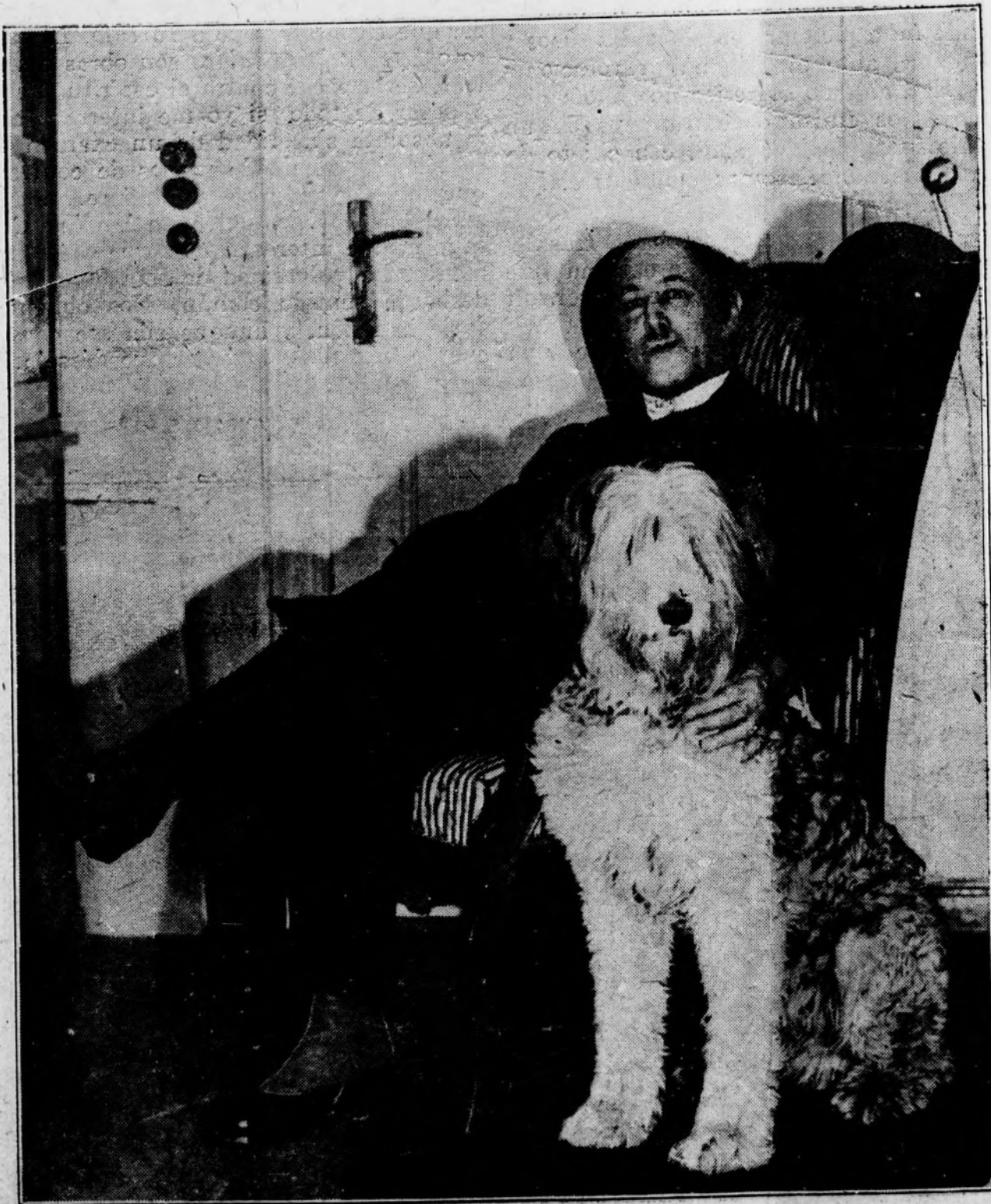
Los gastos de esta familia se establecían así:

Alimentación, 916,35 dólares; vestir, 106,04; casa (con impuestos), 191,18; gastos de entretenimientos, 162,84; médico y medicinas, 6,95; gastos corrientes (distracciones, iglesia, libros, viajes, regalos, etc.), 44,97; muebles y gastos de instalación, 367,30; gastos personales, 120,55; varios, 70,47.—Total, 1.986,85.

Saltemos a 1926, en el mismo medio: familia burocrática con 3.000 dólares de sueldo fijo, mujer, un niño de tres años, otro de cuatro meses, criada y huésped, con un total de ingresos próximo a 5.000 dólares. Su presupuesto de gastos es éste:

Alimentación, 914,44 dólares; vestir, 604,31; casa, 1.241,88; entretenimiento, 707,15; médico, 118,55; gastos corrientes, 427,08; muebles e instalación, 88,08; gastos personales, 58,41; automóvil, 166,18; seguro de vida, 292,15; ahorro, 225,60; varios, 225,60.—Total, 4.843,83 dólares.

Las consecuencias que se deducen de la comparación de ambos presupuestos no deja de tener interés. Señalemos, ante todo, que los gastos en un ambiente idéntico se han elevado, en un siglo, de 1.986,65 dólares a 4.843, es decir, en un 243 por 100. Pero aún es más interesante señalar la elevación del nivel de vida evidenciado por la aparición en 1926 de partidas de tanta significación como la del automóvil, el seguro de vida y la posibilidad de ahorro. Mientras que los gastos por alimentación se estacionan, casi todas las demás partidas que constituyen el verdadero bienestar son reforzadas considerablemente, en un plazo que desborda el simple encarecimiento relativo, o sea elevando el nivel de vida con-



Alfredo Kerr, el ilustre crítico alemán, con el vigilante de su villa de Berlín. Kerr, que ha escrito tan bellas páginas acerca de España, sostuvo recientemente, desde la radio de Berlín, un magnífico discurso de saludo a D. Miguel de Unamuno, que fué radiado a toda Europa y muy comentado en los círculos intelectuales de Alemania.



# Racine, maestro de la elocuencia francesa

por Emile Vanderveide

(El autor de este interesante trabajo que ofrecemos a nuestros lectores es el gran político socialista belga y ex ministro de Negocios Extranjeros, tan destacado en la vida internacional.)

Jules Lemaitre ha dicho en una de sus conferencias que «Racine es uno de aquellos escritores a quienes se descubre siempre más. A muchos comenzó por no gustarles más que mediocrementes, y luego han terminado por quererle». Tal fué mi caso, y estimo de cierto interés contar cómo y en qué momento de mi vida descubrí a Racine.

Pronto hará quince años, yo no tenía más noticia de Racine que la de haberle leído en la escuela y haber visto representar alguna de sus obras, de vez en cuando, en la Comedia Francesa. Sin reflexionar sobre él estaba bajo la impresión de lo que podía haber sido en la corte de Luis XIV este teatro, sometido a disciplinas rígidas, en el que caballeros con peluca y señoras de altos peinados declamaban a la luz de las bujías nobles alejandrinas. Pero, bruscamente, en la escena del mundo, el telón se levantó sobre otra tragedia: la guerra. Y fué durante la guerra, bajo las antorchas negras del destierro, cuando yo empecé a querer a Racine, a quien he visto y he sentido por primera vez hasta lo más profundo de mi ser, apreciando todo lo que tiene de gracia y de razón y también de fuerza, de pasión; lo que hay de frenesí y algunas veces incluso de ferocidad en la tragedia raciniana.

Los deberes de mi cargo—yo era entonces ministro de Intendencia y tenía que hacer con frecuencia el trayecto del Havre a La Panne y al frente—me obligaban a recorrer en auto 500 kilómetros por una carretera monótona y fastidiosa. ¿Qué hacer para no aburrirse en tan largo camino? La lectura continúa no

era posible sobre un piso lleno de baches. Sin embargo, llevaba siempre conmigo algún libro—de versos casi siempre—, y mientras desfilaban los postes del telégrafo iba recitándome a mí mismo *Las flores del mal*, poemas de Samain, de Verlaine, de Verhaeren y, con predilección creciente, tiradas enteras de Racine.

Frecuentemente, también durante las largas veladas en el Havre, en casa de unos amigos, donde nos reuníamos para matar el tedio, yo, cediendo a un nuevo entusiasmo, leía en alta voz, casi sin tomar aliento, los cinco actos de cualquier tragedia: *Andrómaca*, por ejemplo; hasta ese extraordinario final en que el furor y la desesperación de Orestes toman las formas de un delirio alucinado. Cosa que participa a la vez de Manicomio y de Tribunal de Justicia. Algo de Gran Guignol, pero sublime. ¡Qué exactitud clínica! ¡Qué movimiento oratorio! Y con ello, en esta obra de radiante juventud, en que Racine ha puesto tanta dulzura y ternura, ¡qué poder de evocación, de predestinación inexorable!

Encontré a Racine pocos años después, en 1922, hallándome en Moscú donde fui a pleitear con abogados rusos y alemanes ante el Tribunal revolucionario. El Gobierno soviético nos había alejado a los emisarios extranjeros en un barrio fuera de la ciudad, con objeto de que no estableciésemos contacto con el pueblo.

Nuestro alojamiento estaba a tres leguas de Moscú, en una propiedad que había pertenecido al conde Voronzoff Dachkoff, antes virrey del Cáucaso. No encontramos con la sorpresa de una magnífica biblioteca inglesa y francesa, en la que, al lado de Shakespeare y de

Hugo, ocupaban su puesto Corneille, Molière, Racine.

Tuve tiempo suficiente, mientras comenzaban los pleitos en el Tribunal, de leer, íntegramente, metódicamente, por orden cronológico. Esto me ha permitido darme cuenta exacta de mi reacción personal con respecto a los tres grandes clásicos franceses. Subrayo la frase: *reacción personal*. No trato, pues, de aportar un juicio más después de tantos otros, sino de decir, o mejor dicho de confesar, un sentimiento íntimo.

Hablando con claridad, diré que Corneille, el gran Corneille, me aburre. La Harpe manifiesta en alguna parte que nadie ha hecho tan bellos versos como Corneille cuando son bellos. Perfectamente. Hay en *El Cid*, en *Cinna*, en *Polyuto*, momentos sublimes. Pero también, ¡cuántos fastidiosos! ¿Protestan ustedes? ¿Les escandalizo? Haced una experiencia. Tratad de leer en público aunque no sea más que un acto de una de sus tragedias. Veremos si lo resiste el auditorio y si lo resisten ustedes mismos.

Respecto a Molière, este «burlón pensativo, como un apóstol», que decía Víctor Hugo, es otra cosa. No reconocer que *El misántropo* o *Tartufo*, *El avaro* o *Las mujeres sabias* son obras maestras, sería pecar contra el espíritu. Pero, a pesar de todo, si yo me interrogo con la absoluta sinceridad de un examen de conciencia, no puedo menos de confesar que si bien admiro a Molière, no le amo. Los harapos del buen hombre Crisalio no me interesan más que medianamente. La vulgaridad de esta burguesía, desborda sentido común. Nos obliga a darle la razón, y aunque ella sea consecuente, nos molesta tener que dársela.

En suma, a los solos que yo quiero, de todo corazón, entre los grandes escri-

siderablemente. Esto lo apreciará mejor el lector contemplando el siguiente cuadro, en el que se comparan los presupuestos anteriores, reduciendo las cantidades a tantos por ciento.

Sin entrar en muchos detalles, que harían enojosas estas notas, resulta que los artículos alimenticios casi no han cambiado de precio (de aquí en parte la crisis agrícola) y que la heterogeneidad de las variaciones es fantástica. Así, mientras el calzado de hombre se centuplica los vestidos corrientes apenas suben. En general, todos los artículos esenciales para la vida suben muy poco. De aquí que el confort de una familia americana de hoy sea enormemente superior, no sólo por el progreso material que se le ofrece (electricidad, teléfono, gas, radio, automóvil, gramófono, hielo, carbón—en 1816 sólo quemaba madera—, gasolina, etc.) sino por la posibilidad económica de disfrutarlo, evidenciada por este hecho decisivo; hace un siglo tenía que invertir en alimentarse casi la mitad de su presupuesto, y no podía ahorrar; hoy gasta en alimentos menos de la quinta parte de sus ingresos, tiene automóvil y aún ahorra—seguro incluido—un 10 por 100.



La policía de Berlín ocupando el edificio del periódico comunista "La Bandera Roja".

Ayuntamiento de Madrid





Fotografía de la película de Eisenstein: "La línea general".

tores franceses del siglo de Luis XIV, pomposo, acompasado y devoto, son a La Fontaine, a Pascal y, sobre todo y por encima de todos, a aquel de quien decía Federico el Grande que él se hubiera sentido más orgulloso de haber hecho *Athalie* que la guerra de los Siete Años: Juan Racine.

Le amo, y no solamente porque, como ha escrito Anatole France, sea «el más perfecto de los poetas franceses y el más grande por la continuidad de su grandeza», sino porque—y aquí se manifiesta la *reacción personal*—al leerle, como yo lo he leído en el Havre y en Rusia, he llegado a la convicción, al parecer paradójica, de que en Francia, desde hace doscientos cincuenta años, sólo ha habido cuatro grandes poetas y oradores líricos: Jean Jaurés, Lamartine, Víctor Hugo y Racine.

No ignoro hasta qué punto tal afirmación me expone a parecer fantástico, por no decir absurdo. En cuanto a Lamartine y Víctor Hugo, puede pasar. Mr. Luis Barthou ha escrito un excelente libro sobre Lamartine orador. Y respecto a Víctor Hugo, nos maravilla hoy el probar la actualidad y vida palpitante que conservan los discursos que pronunció en 1849, en la Cámara, contra la dictadura que se aproximaba. Pero, ¡Jaurés! ¡Jaurés, que no ha escrito nunca, que yo sepa, un solo verso! ¡Racine, que no habló en público más que dos o tres veces en toda su vida!

Sin embargo, no me desdigo. Yo he oído hablar muchas veces a Jaurés. En un tiempo en que, según Verhaeren, los poetas están en la acción, creo que él fué, con Víctor Hugo, el lírico más grande del siglo XIX francés. En la tempestad de sus discursos, los resplandores de poesía surgen a cada instante. Recuerdo la frase de uno de sus primeros discursos en 1893: «Habéis interrumpido la vieja canción que mecía la miseria humana». O bien esta delicada imagen, tan bien situada en una conferencia sobre Racine: «Los gentilhombres del Loire... no eran moscas condenados a danzar eternamente en un rayo de sol real». En cambio, puedo temer que el reproche de paradójico sea estrictamente mantenido si persisto en sostener que Racine, el poeta Racine, fué también un grande,

un muy grande orador. Insisto, sin embargo. Insisto en afirmar que en toda la literatura francesa no hay nada más oratorio, más exaltado como oración que los discursos—los discursos en verso—de sus principales personajes. Mitrídates u Orestes, por ejemplo. Joad o Aesmat, sin olvidar *Athalie* o Agripina, tan elocuentes como los más elocuentes hombres. El hecho de que desde su juventud se interesase vivamente por la elocuencia, lo prueban las notas técnicas, tan sugestivas, que Racine ponía al margen de los discursos de Cicerón. Por otra parte, fué un lector incomparable, cuyo entusiasmo comunicativo contagiaba a sus auditores, según afirman algunos contemporáneos suyos. A pesar de sus condiciones oratorias, su discurso de recepción en la Academia, sencillo y corto, pronunciado con una voz tan baja que Colbert, que había ido para escucharle, no oyó nada, fué un fracaso. Pero en seguida tomó una revancha deslumbrante en la misma Asamblea, cuando tuvo que hacer el elogio de Corneille y de Bergeret, primer comisario de la Secretaría de Estado. Jules Lemaitre, comentando este discurso, le muestra, con razón, como una de las páginas clásicas de la elocuencia francesa, en la que se pinta el cuadro de Europa, la víspera de la Dieta de Ratisbona, en la que el Rey Sol apareció como el dueño del momento. «El Rey, sin embargo, había resuelto, por el bien de la Cristiandad, que no hubiese más guerra. La víspera del día en que debía partir para ponerse a la cabeza de su ejército, escribió unas líneas y las envió a su embajador en La Haya. Las provincias deliberan, los ministros y altos aliados se reúnen en asambleas; todo se agita, todo se remueve; los unos no quieren ceder nada de lo que se les pide; los otros reclaman lo que se les ha tomado; pero todos resuelven no empuñar las armas. Mas él, que sabía cuál era el camino para llegar a sus fines, sin prestar atención a nada, y como el Júpiter de Homero, después de haber sembrado el terror entre sus enemigos, volviendo los ojos hacia los otros lugares que tenían necesidad de sus miradas, por un lado hace tomar Luxemburgo, por otro avanza él mismo hasta las puertas de Mons; aquí, envía generales a los

aliados; allá, ordena incendiar Génova; fuerza a Argel a pedirle perdón; se aplica a gobernar el interior del reino; entusiasmo a los pueblos y les hace gozar por anticipado los frutos de la paz, y, en fin, como él había previsto, contempla a sus enemigos, luego de inútiles quejas, dilatadas conferencias y muchos proyectos, obligados a aceptar aquellas mismas condiciones que les había propuesto, sin haber restringido ni añadido nada, o, por mejor decir, sin haberles permitido a sus enemigos salirse un solo paso del estrecho círculo que les tenía trazado.»

La carencia oratoria del Gran Siglo, y de manera general de todo el antiguo Régimen, la explica Voltaire con su habitual penetración de espíritu en la palabra «Elocuencia» del *Diccionario Filosófico*: «La gran elocuencia—dice—no ha podido culminar en Francia, porque no conducía a los honores, como en Atenas y Roma y como hoy en Londres, y porque no tuvo nunca por objeto los grandes intereses públicos. Refugiada en las oraciones fúnebres, tiene siempre un poco de poesía. Bossuet, y después de él Flechier, parecían obedecer al precepto de Platón, quien quería que la alocución de un orador sea algunas veces la misma del poeta». Si Racine, después de la cábala de Fedra y su renuncia al teatro hubiese tomado las órdenes sagradas, como pensaba, quizás hubiese subido al púlpito y promovido los mismos entusiasmos que Bossuet, Flechier o Bourdaloue. Pero juzgó, como sabemos, que sería penitencia suficiente casarse y hacer hijos, muchos hijos, a una excelente mujer que jamás había leído o escuchado un solo verso de sus tragedias.

En ninguna época el arte dramático fué tan fértil en discursos como en el siglo de Luis XIV. En los capítulos sobre el Antiguo Régimen, bajo el espíritu clásico, Taine observa muy bien la nota dominante de la elocuencia en las piezas de esta época.

«No hay ningún personaje que no sea un orador cumplido. En Racine, en Corneille, en Molière mismo, un confidente, un Rey bárbaro, un joven caballero, una coqueta de salón, un criado, se muestran consumados maestros en el arte de la palabra. Jamás se han visto exordios tan diestros, pensamientos tan bien dispuestos, razonamientos tan justos, transiciones tan finas, peroraciones tan concluyentes. Jamás el diálogo se parece tanto a una justa oratoria. Todos los recitados, los retratos, las exposiciones de asunto podrán ser señalados como modelos en las escuelas con las obras maestras de la tribuna de la antigüedad. La inclinación es tan grande hacia este lado, que en el momento supremo y en la más fuerte de su última angustia, el personaje, sólo y sin testigos, encuentra el medio de normalizar su delirio y morir elocuentemente.»

Racine fué el más oratorio de todos: Para demostrarlo, bastará hacer lo que yo he verificado muchas veces: lecturas comparativas en alta voz. Leer, por ejemplo, el discurso de Ruy Blas, «Buen apetito, señores». Y leer hasta el fin un acto de *Cinna* o de *Polyuto*, para no hablar de *Atila* o de *Rodegunda*. Tomar después de esto uno o varios actos de *Andrómaca*, de *Fedra* o de *Athalie*. Yo creo que se demostraría experimentalmente



# La propaganda de la Dictadura en Francia

por JOSÉ LÓPEZ Y LÓPEZ

Generalmente, cuando los personajes políticos se prestan a ser interrogados por los periodistas, se observa en seguida, con la simple lectura de la interviú, que la preocupación principal de los llamados prohombres consiste en poner de relieve su personalidad, decir unas cuantas vulgaridades, recordar sus «sacrificios» por la causa y, sobre todo, no comprometerse demasiado.

A veces, la habilidad del periodista logra arrancar o atribuir a la esfinge alguna declaración «sensacional», que el interesado se apresura a rectificar y aun a desmentir en cuanto barrunta que puede malquistarle con los gobernantes de turno o con quien soberanamente entrega a éstos el mando de la nación. En definitiva, es rara la interviú en que no prepondere la vacuidad personal o el deseo de ser tenido por un oráculo infalible.

Ved por qué he creído interesante recapitular para NUEVA ESPAÑA una conversación que tuve aquí hace días con un español, cuyo nombre no hace al caso. Porque habéis de saber, lectores, que mi interlocutor, cuya repugnancia por la vieja política española no es de ayer, estaba muy al corriente de la actuación en París del representante de la Dictadura cerca de la Prensa francesa.

De antemano sé que las revelaciones de mi interlocutor son el secreto de Polichinela en las redacciones de los periódicos madrileños; pero si queremos llegar a esa organización de la decencia nacional de que ha hablado José Ortega y Gasset (1), es indispensable que las verdades olvidadas de puro sabidas en las redacciones, lleguen también a ser conocidas del pueblo. De lo contrario,

(1) Con quien nos atrevemos a no estar de acuerdo en la manera de plantear el problema. Porque, ¿cuándo ha visto él que en España el ateo no deje vivir al fraile, el civil al militar o el obrero al patrono? ¿Recuerda el señor Ortega y Gasset de algún caso en que un ateo español haya atentado contra los derechos de un fraile o de un cura? ¿Y de algún civil que haya querido privar de libertad a los militares?...

nadie tendrá derecho a acusar de insensible a los españoles, sobre todo si no se ha tratado de enterarles de cuantas felonías han cometido todos aquellos que por miedo personal exclusivamente han realizado los más bajos menesteres durante los seis años en que España ha tenido que sufrir la Dictadura.

\*\*\*

Cuando en algunos diarios españoles leí un telegrama fechado en París, en que se aludía a un artículo de *L'Action Française* y se acusaba a un periodista español de haber sido el intermediario entre *Le Temps* y otros diarios y Primo de Rivera, inmediatamente pensé visitar al compatriota a que antes aludo para que me pusiera al corriente—si lo sabía—de lo que hubiera de cierto sobre el particular.

Como todas las tardes, después de comer, había ido al café del Bulevar de los Italianos, en donde le había conocido unos meses antes. Mi amigo estaba solo ante su taza de café, leyendo un diario francés. Después de saludarnos, le dije de sopetón:

—¿Ha visto usted el telegrama de París que ha publicado *El Sol*, relativo a un periodista español que estaba encargado de pagar aquí a la Prensa para que hablara bien de Primo de Rivera?

—Sí, lo he leído. Y lo extraño es que ese diario no haya publicado el nombre del periodista español aludido, cosa facilísima de averiguar en París, aunque *L'Action Française* lo omitiera para evitar la publicación de una respuesta del interesado o por otras causas.

—Pero, ¿cómo? ¿Usted sabe de quién se trata?

—Naturalmente. Cuando leí en *El Sol* la nota de Primo de Rivera contestando a *Le Temps*, comentada aquí solamente por *L'Action Française*, y al leer cómo *Le Temps* se iba por la tangente y trataba de desmentir al dictador al dicta-

do, sentí deseos de echar mi cuarto a espadas y poner las cosas en su punto.

—¿Y...?

—Escribí unas cuartillas sobre el particular y las envié al redactor de *L'Action Française* encargado de esa campaña. Tres días después—el 28 de enero último—el diario realista reproducía íntegramente mi escrito y lo comentaba.

—Pero, ¿dió usted el nombre del periodista español que manejaba el dinero de la nación para pagar esas campañas?

—Con todas sus letras.

—Entonces, ¿quiere usted darme algunos detalles del asunto?

—Lo mejor es que lea usted mi escrito a *L'Action Française*, del que guardé copia.

\*\*\*

Terminada la lectura, y antes de despedirme, mi amigo agregó:

—Y lo más estupendo es que Pierre Dehillothe, de cuyo nombre sólo se publicaban asimismo las iniciales, se consideró aludido, y escribió al día siguiente a *L'Action Française* confirmando todo lo denunciado por mí.

—¿Tiene usted inconveniente en que reproduzca lo más esencial de su documento?—le pregunté mientras me despedía.

—No, a condición de que me prometa no dar mi nombre. Hay ahora muchos defensores de la libertad, de las Cortes Constituyentes y de otros bellos apostolados, que tienen una gran responsabilidad en que España haya tenido que aguantar la Dictadura, y no quiero que me confundan con ellos.

Se lo prometí.

Ahora, aquí van algunas líneas del documento aludido:

«Ante la campaña antidictatorial de *Le Temps*, Primo de Rivera hubo de rogar a su corresponsal en Madrid, en 1924, que abandonara el territorio español. Este corresponsal se llamaba Pierre Dehillothe, quien vino a París inmediatamente. Pero Primo de Rivera hubo de com-

que luego de la elocuencia aparatosa y a veces anfibológica de Víctor Hugo, después de las tiradas pomposas, salvo los relámpagos de genio del viejo Corneille, la elocuencia de Racine resultaría para un lector, un verdadero recitador o un orador, la más pura delicia.

Esto no es afirmar que en Racine el aspecto oratorio domine sobre los demás. Ello sería tan absurdo como preferir en Lamartine sus discursos sobre la nacionalización del camino de hierro a *Jocelyn*, a sus Meditaciones poéticas, o en Víctor Hugo sus invectivas contra el príncipe presidente a la *Leyenda de los siglos*.

*Fedra*, queda *Fedra* y *Andrómaca*, *Andrómaca*. Pero al menos en la elocuencia de Joad hay cosas que no se encuentran en ninguna parte en Racine, y estas cosas él las hubiese dicho si hubiera vivido en otros tiempos. A nadie se desdén verdaderamente. Las cortesanas se sentirán conmovidas. El Rey yergue las orejas. *Athalie* no fué representada por las señoritas de Saint Cyr sino en privado, en una habitación sin teatro, con trajes corrientes. Racine mismo, sospecho de jansenismo y culpable tal vez de haber confiado a la Manutención una

memoria sobre la miseria del pueblo, fué apartado de la Corte, y setenta años después, Voltaire, viejo, escribía todavía que si *Athalie* era la obra maestra de la escena, era también la obra maestra del fanatismo, que Joad era un mal ejemplo, y «si un Rey tuviese en sus Estados un tal hombre, haría bien en encastrarle».

En las proximidades de la Revolución, la Policía se inquietaba de la gran accidia que tenían estos versos, y se comprende perfectamente la razón de que andando el tiempo, y vuelto el absolutismo, Fouché, ministro de Policía, intentase prohibir una obra en la que la soberanía, no del pueblo, sino de Dios, limitaba el poder de un Monarca.

Otro hecho que no da menos que pensar. En el prefacio que Víctor Hugo escribió para sus discursos, Víctor Hugo cuenta que si él improvisaba casi siempre, otros, al contrario, no dejaban nada a la improvisación. «De diez arengas de Robespierre—manifestaba—nueve eran escritas. En las noches que precedían a su aparición en la tribuna, Robespierre escribía lo que debía decir, lentamente, correctamente, sobre su mesa de pino, con un Racine abierto an-

te los ojos...» Prueba de la que yo puedo sacar la consecuencia de la extraña atracción que ejerce Racine sobre aquellos que son o quieren devenir oradores. Pero, por favor, no se imagine nadie que por haber aproximado estas dos figuras: Racine y Robespierre, intento mixtificar a Racine, el más devoto y más real de los poetas, en algún aspecto precursor de la Revolución. Como Fenelón, como Vauban, Boisquillebert y tantos otros, al declinar la Monarquía, Racine tuvo palabras muy duras para las contemporizaciones y debilidades del Poder supremo. Fué sinceramente, profundamente, apasionadamente, monárquico. Como aquéllos, apelaba contra los abusos, no a la justicia de los hombres, sino a la justicia de Dios, de ese Dios vivo que invoca Joad.

Se ha puesto a Voltaire y a Rousseau en el Panteón. A Pascal y a Racine se les ha dejado en la iglesia vecina de Saint Etienne du Mont, en la que dos placas modestas indican su presencia. Esto está muy bien. El y los otros se hallan en el monte de Santa Genoveva. No existe entre ellos más que la longitud de una calle. Tal cercanía simboliza lo que les aproxima.



prender que no era posible mantenerse en el Poder y aparecer como amigo de Francia, si tenía frente a él a *Le Temps*. Entonces capituló, y entre el representante aquí de la propaganda periodística de Primo y *Le Temps* se convino en que este diario cobraría 200.000 francos anuales por no combatir la dictadura y acoger benévolutamente todo lo relativo a Primo de Rivera, incluso posponiendo al rey. El hombre en quien Primo de Rivera tenía toda confianza, y creo que aun la tiene, es el escritor español Manuel Bueno, quien instaló sus oficinas en la avenida de la Opera, 11. Este hombre era el pagador a la Prensa francesa de lo estipulado para hablar bien de Primo de Rivera y de la dictadura.

Pero he aquí algo que acaso ignore Primo de Rivera: *Le Temps* es verdad que venía cobrando DOSCIENTOS MIL francos fijos al año en pago de su actitud de benevolencia hacia la dictadura; pero cobraba, además, con arreglo a una tarifa regular y a tanto la línea, los artículos que escribía Manuel Bueno, y para dar la impresión de que estaban hechos por un francés los traducían ese señor Dehillotte antes citado y amigo de Manuel Bueno a la sazón.

Si *Le Temps* ha exigido aumento en la subvención que cobraba, sin duda se debe a que este señor Manuel Bueno ha reclamado a su vez una prima mayor de la Administración de *Le Temps*, pues por cada artículo suyo le pagaban una regular cantidad como comisión.»

No es menester seguir copiando. Basta con lo anterior para que los españoles conozcan la manera de pajear de los escritores que se encuentran en el caso de Manuel Bueno...

## LOS PROBLEMAS DE LA VIVIENDA CASAS BARATAS

por F. GARCÍA MERCADAL (Arquitecto)

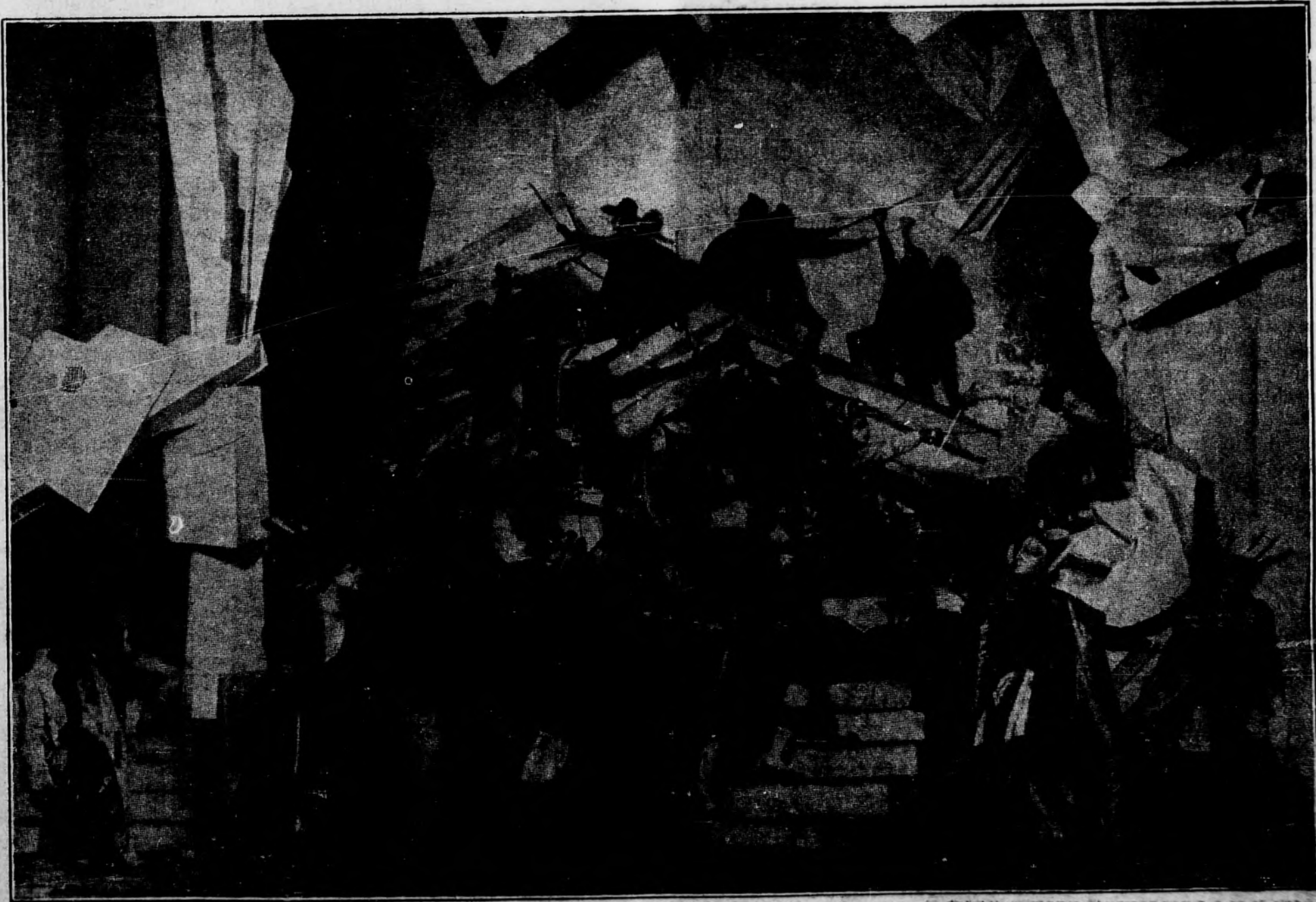
Recuerdo que uno de nuestros colegas de ágil ingenio y positiva gracia, exclamaba hace algún tiempo en torno a una conversación sobre el tema de las casas baratas en España. ¡Como baratas, regaladas! Y glosando la frase feliz de nuestro amigo, bien podemos exclamar, al hablar de las barriadas construídas en torno a Madrid con el dinero del Estado, ¡como baratas, ni regaladas! Efectivamente, ni regaladas las quieren habitar, unas veces por su posición estratégica, faltas de acceso, de medios de transportes y de evacuación subterránea; otras por haber sido construídas bajo la bandera de una organización cooperativa sin cooperativistas, y casi siempre porque las casas, una vez terminadas, resultan inhabitables.

No nos cansaremos de combatir nuestro criterio nacional de creer en el Espíritu Santo y de confiar en nuestra viveza mediterránea sin sacar partido del ejemplo de los demás, de los países más adelantados que nosotros, y en este de las casas baratas, la parte de la arquitectura moderna que cuenta con más ensayos, experiencias y brillantes realizaciones en el extranjero. Tenemos todavía mucho que aprender, ya que, como vamos a ver, nuestra aportación oficial al problema mundial de la vivienda no ha podido ser más pobre, mezquina y vergonzosa; hasta tal punto, que al visitar algunas de las barriadas que rodean a Madrid, o que son la vergüen-

za de Sevilla, no hemos podido menos de proferir algunos gritos, espontánea expansión de nuestra sensibilidad profesional y ciudadana, herida ante tales chapuzas, faltas de criterio y de gusto, denotadoras del desconocimiento más elemental de estos problemas.

Las casas baratas aquí no se conciben nada más que a base de una pésima construcción y del empleo de materiales de ínfima calidad, descuidando el detalle, olvidando algo elementalísimo, tal es que en un gran programa de construcción aquél adquiere, al ser repetido miles de veces, mucha más importancia que en una disposición única, cuando de dar gusto a un cliente se trata; en este caso los errores son padecidos por una sola familia, y en el otro son miles de familias las que sufren las consecuencias funestas de una casa mal planeada y peor ejecutada.

Los planos de las casas no han sido aquí determinados, como en Franckfort, por ejemplo, según las necesidades de las diferentes clases sociales, ni la serie, base y elemento indispensable de la economía, introducida como en otros países en los elementos secundarios de construcción, puertas y ventanas, estableciendo previamente las normas oficiales. Quisiéramos saber si existen en el Ministerio del Trabajo informaciones sobre estos extremos de los arquitectos del Negociado de Casas Baratas, únicos



Escena del Teatro de Meyerhold,  
Ayuntamiento de Madrid



técnicos en realidad responsables de tanto desafuero.

Más de una vez hemos comentado al salir de aquel centro oficial las fotografías que allí existen colgadas, y que demuestran el triste fruto del apoyo oficial. En tales ocasiones recordamos siempre lo que tantas y tantas veces hemos visto con verdadera admiración en las nuevas barriadas holandesas, alemanas o austriacas, terminando por exclamar: «¡Si viese todo esto nuestro amigo May», el eminente arquitecto organizador de las nuevas y ejemplares barriadas de Franckfort.

Hoy, que tanto se habla de revisión, bueno sería que este asunto sufriese también la suya, petición ya formulada por diversos órganos de la Prensa diaria, ya que, a través de su válvula, han salido muchos millones de pesetas, al parecer no siempre bien invertidos.

No queremos tratar de este asunto en su aspecto administrativo, limitándonos hoy a comentarlo en su aspecto externo, como ciudadano posible habitante de una de esas barriadas *jardin*, y como técnico muy interesado por todo lo que a esta rama de nuestra actividad profesional se refiere.

Hemos girado recientemente una visita a cada una de estas barriadas, y con ello adquirido el derecho a juzgarlas con toda dureza, ya que no se trata de una cuestión de gusto, sino de una falta absoluta de criterio, pudiendo afirmar que *realmente* otra cosa es firmar unos planos. Parece imposible que haya intervenido en ellas un arquitecto (el profesorado de la Escuela de Arquitectura de Madrid tiene la palabra o debía de tenerla, para valorizar los títulos que otorga, único objeto de su existencia), ni en sus proyectos, ni en la dirección de los trabajos.

Las casas de una de esas famosas barriadas, la más pintoresca quizás son, según las explicaciones que me dieron los empleados allí presentes, de cinco tipos: vasco, castellano, francés, mudéjar e italiano, y de la agrupación de este vergonzoso *puzzle* arquitectónico podemos decir pertenece a un tipo original y desconocido de la técnica moderna, ya que parece fueron sembradas a boleo.

Queda más: un plan de conjunto, indispensable en estos casos, no existe, y todas estas vergüenzas han sido emplazadas aquí y allí, en cualquier parte, dejando este tan importantísimo aspecto del problema en manos de los especuladores de terrenos o al ingenio burocrático de los promotores de cada una, aventureros las más de las veces, que sin más asesoramiento técnico que buscar unos editores responsables, arquitectos *firmones* o políticos en candelero, han conseguido burlar la ley, inventando cooperativas y negociando a la sombra del desconocimiento técnico de quienes con sus informes hacían andar los expedientes.

Y después de todo lo dicho de las casas baratas, ¿cómo serán esas *ultrabarratas*, que tenía el propósito de construir nuestro municipio?

# LA VIDA DE TROTSKI

por F. FERNÁNDEZ ARMESTO

Leo Trotski ha condensado las emociones de su vida en un tomo de 600 páginas que acaba de aparecer en alemán antes que en idioma ruso, renovando, intensificados, los grandes sucesos literarios de los libros de guerra. Está escrito en el destierro. También en el destierro comienza la vida cívica de Trotski cuando estudiante en la Universidad de Odesa; a los diez y ocho años pronuncia el primer discurso, encendido de fría—escalofriante—, razón, y es conducido a Siberia por las guardias zaristas. Desde entonces hasta hoy, Trotski ha ido por todos los caminos del mundo, embalado tan insobornablemente en la fuerza de sus convicciones como el proyectil en el efecto de la pólvora. Esta vida rauda, sin mirar atrás con fatal ceguera, abocada hacia el fin, que ha hecho saltar como nadie la cestra milenaria de injusticia en que se ahogaba a Rusia, la tierra con entrañas apasionadas, ha podido transfundirse en palabras. Si uno no creyera ya en la eficiencia de la literatura para captar los más inauditos y esquivos fenómenos humanos, este libro de Trotski le rendiría a uno. Si se pueden escribir, con pluma y

papel, libros como la vida de Trotski, y a esto se le llama literatura, ¿qué es el ocio imaginativo de los esteticistas?

Trotski ha vivido en una línea geográfica fuera de las coordenadas de la geografía oficiosa, ha pasado por entre la humanidad social sin unirse ni hacer cuerpo con ella un solo instante, huido siempre de las casillas del padrón, ha pasado como el relámpago pasa por la noche. Sin embargo, o tal vez precisamente por ello, en su vida la humanidad está mucho más presente que él mismo, desde su sitio fuera del mundo se ve al mundo con una coherencia enervante, y se comprueba que al fin el punto fuera del globo desde el que vigila Trotski no tendría sentido si el globo no existiera. Importa poco estar dentro o estar fuera, lo que importa es *estar*. No se puede reducir la vida al mundo, y menos al mundo presente, ya que ella es mucho más inconmensurable e incomprensible que el mundo; sólo traicionan a la vida, realmente, los que no *están*.

Frente a la situación actual de Rusia, Trotski no es un peligro para el comunismo, como creen los simples, sino todo lo contrario, su complemento, la otra cara de su imperdurabilidad. La falibilidad del comunismo de Stalin es, paradójicamente, la mayor resistencia del comunismo. Entre las muchas cosas por las que no se puede aceptar el fascismo, la que más repugna a una inteligencia avisada es su aire de infalibilidad, y entre las pocas cosas por las que se puede aceptar el comunismo, la falibilidad de su forma es la que más cautiva. Trotski escribe la historia de su vida en el destierro, en la misma situación en la que ha comenzado su verdadera vida; pero entre uno y otro destierro hay un signo: el de la Revolución rusa. Y ese signo, marcado en su pecho, es el que nunca podrán arrancarle los destierros ni las adversidades.

Una vida tan tirante, tan perpetuamente en el disparador, como la de este impávido revolucionario, parece que debiera estar expresada en prosa veloz y esquemática, prosa de acción, en la cual el hecho es la carne; pero la acción de Trotski tiene de fondo un relente de pasión que congela los fenómenos como el operador del cine congela en su objetivo la velocidad. El detalle, la observación mínima y extática enciende la prosa de Trotski como Proust intentaba que encendiera la suya.

Este libro no justifica la vida de Trotski, sino que la desnuda y la reitera; no es un libro de enseñanza, ni tiene bastardas ambiciones de propaganda, no es más que una vida y una vida excepcional, presentada precisamente ahora, cuando la Historia comienza a medirse por el hombre, cuando los acontecimientos universales han adquirido tal ritmo, que una vida es tan larga como era antes una edad, y de aquí nos nace a nosotros nuestro interés, jamás igualado, por la memoria y por la biografía, y de ahí le nace al libro de Trotski ser, como ha dicho un ilustre escritor alemán, «en todos los sentidos el libro de nuestra época».

Berlín, marzo.

## Ediciones Oriente

4 libros que necesita usted leer:

### 1. - TAMPICO

por J. Hergesheimer.

La «gran novela del petróleo mejicano» que tanta repercusión ha tenido en los centros financieros de Norteamérica.

### 2. - EL JUICIO FINAL

por Cami.

El mejor humorista francés, ha consagrado su fama con esta novela «prematura», en la que se describen escenas e incidentes del juicio final.

### 3. - LOCURA Y MUERTE DE NADIE

por Benjamín Jarnés.

Es una novela de Jarnés, y esto basta para no dudar de su interés.

### 4. - ARIEL O LA VIDA DE SHELLEY

por André Maurois.

Pregunte usted la opinión sobre este libro de cualquiera que le haya leído; todos coincidirán en que ninguna novela les ha producido un rato de mayor emoción que la lectura de ARIEL.

Exclusiva de venta en librerías: C. E. P. MARQUÉS DE CUBAS, 9 - MADRID

EDICIONES ORIENTE  
GENERAL ARRANDO, 18. - MADRID

Los originales que publica  
NUEVA ESPAÑA son  
RIGUROSAMENTE INEDITOS

Ayuntamiento de Madrid



# EL ROMANTICISMO Y LA JOVEN LITERATURA FRANCESA

por A. HABARU (Redactor-jefe de "Monde")

Celebra Francia el centésimo aniversario del Romanticismo en una época en que casi toda la literatura está dominada por una especie de neorromanticismo. La evasión, el análisis, el estetismo, el diletantismo, tan extendido entre los jóvenes escritores, son características que pertenecen al Romanticismo. ¡Expliquémonos bien! Yo no niego el gran impulso de fe y de generosidad que animó el movimiento literario de 1830. Es un hecho que en sus primeros tiempos, el Romanticismo no fué exclusivamente individualista y diletante. Las revoluciones burguesas de 1789 y de 1830, hechas a los gritos de Libertad, Igualdad y Fraternidad, le habían forjado un alma idealista y generosa. Estas grandes palabras, arma de una clase en lucha por su liberación o la consolidación de su poder, tenían entonces una significación muy real. Eran capaces de entusiasmar a las masas, de crear una solidaridad espiritual de la comunidad, y el poeta romántico, en algunas de sus obras, podía traducir hasta cierto punto una emoción colectiva y universal.

Pero esto no duró mucho, y a partir de las decepciones de 1848, sobre todo, se impuso el individualismo. Fué esto la consecuencia lógica del desarrollo de la burguesía liberal. Cuando las condiciones sociales son favorables a la unión entre la personalidad y la comunidad, como era el caso en las épocas religiosas, la vida interior del individuo se expandió sin obstáculos, de perfecto acuerdo con el conjunto organizado. En la sociedad burguesa, basada en la libertad económica y que rechaza la concepción religiosa del mundo, fatalmente entra en conflicto la personalidad con la disciplina. La idea de libertad que el Romanticismo llevaba en sí en su nacimiento evolucionó rápidamente hacia el culto integral del individuo. Como se afianzaba el reinado del dinero en lugar del reinado de la fraternidad, se desarrolló el escepticismo. Los poetas de 1850 fueron ya incrédulos y su

revuelta contra el mercantilismo burgués les condujo al culto exclusivo del «yo». La poesía, el arte, la belleza, era para ellos el medio de volver a la aristocracia, sustituyendo los privilegios del nacimiento por los del espíritu. El aislamiento del poeta llegó a ser completo, sobre todo, a partir de Teófilo Gautier. Daudismo, escepticismo, inismo, exotismo, bohemia, el arte por el arte, tales fueron las características de la corriente literaria, consecuencia del romanticismo que condujo, a pesar de la reacción de Zola, primero, y del unanimismo, después, al diletantismo y al estetismo de hoy.

Paul Valéry y André Gide, que dominan toda la literatura francesa de hoy, son grandes figuras, cuyo valor nadie podrá negar. Pero no son estas grandes figuras humanas, universales. Este poeta y este novelista siguen la tradición de diletantismo y de estetismo final del movimiento literario de 1830. La inteligencia brillante y mundana de Valéry, diletante y estética en su esencia, sólo se preocupa de la investigación de la aristocracia del espíritu. André Gide se inclina con pasión hacia el análisis de la vida interior del individuo y un horizonte se cierra en cuanto se franquean los límites del alma individual. Por esta razón, sus *Faux Monnalgeurs* son calidad inferior a sus demás obras. Y para que le conmueva la realidad social es preciso que se halle en presencia de una Humanidad primitiva, exenta de toda complicación psicológica—como los negros del Congo. Antes de la guerra, el unanimismo, de una parte, y la corriente universalista de Romain Rolland, de otra, marcaron una fuerte reacción contra aquella tendencia estética final del subjetivismo romántico. La guerra y sus consecuencias han dado por resultado sumergir esa reacción bajo una ola de neorromanticismo. La ruina de todos los ideales que aun podían nutrir la clase intelectual, ha sumergido en la confusión a la juventud ávida de acción y para la

cual todos los valores habían sido destruidos. La negación de toda tradición se convirtió en programa de la generación de la postguerra. A impulsos del freudismo, el escritor se inclinó hacia lo inconsciente. La sexualidad, la más viva expresión de las preocupaciones subjetivas, pasó a primer plano mientras que la sublevación contra toda disciplina llevaba de nuevo a la juventud a la adoración de los poetas sublevados de ayer: Rimbaud, Lautréamont, Baudelaire. Como recientemente lo definía el poeta Blaise Cendrars, fué el *irrealismo* el que dominó la literatura francesa de la postguerra.

¿Nos hallamos hoy en vísperas de una seria reacción contra este irrealismo? Una nueva escuela: el «populismo», lo pretende. Lanzada en agosto de 1929 por M. André Thérive, crítico de *Le Temps*, esta escuela se propone reaccionar contra el refinamiento psicológico, la sexualidad, la evasión en lo fantástico, por «la descripción del pueblo». Fórmula harto simplista que recuerda el naturalismo y Zola. Esto no es, en suma sino una nueva moda literaria. Pero si se deja sentir la necesidad de una nueva moda es porque las modas anteriores no satisfacen ya. Y si damos un vistazo de conjunto sobre la producción de los autores jóvenes que se han revelado desde hace dos años, descubrimos en ellos un lugar común, un deseo común de escapar al irrealismo, de aproximarse a la realidad y, en el más lírico de ellos, un deseo de disciplinar su lirismo.

Marcel Arland, autor de *L'Ordre*, que obtuvo el «Premio Goncourt»; Jean Giono, autor de *Colline* y de *Un Baumugnes*; Edouard Peisson, autor de *Hans le Marin*; Georges David, autor de *La Parade*; Marcel Aymé, autor de *La Table aux Crevés* y de *Brulebois*; Albert Marchon, autor de *Tchouk*; estos jóvenes que publican sus primeras obras importantes, estos hombres de treinta años, se alejan de lo inconsciente, del irrealismo para tratar de descubrir la realidad del hombre y de su medio.

Varios de ellos, Jean Giono y Marcel Aymé, especialmente, vuelven a la tradición campesina que buenos escritores como Henry Pourrat o André Chamson mantuvieron en plena crisis de neorromanticismo. Aun no ha nacido una literatura obrera; pero en la Francia campesina y burguesa pequeña se afirma cada día más la corriente campesina y pequeña burguesa.

Guardémonos, sin embargo, de abrigar grandes esperanzas. El irrealismo, la evasión en el sueño, el escepticismo, en una palabra: el neorealismo, no ha muerto. En caos del mundo moderno encontrará aun de qué vivir durante años, pues el drama que le hizo nacer no hallará tan pronto la solución. Este drama es el de la oposición entre el individuo y la sociedad. En las grandes épocas religiosas de la antigüedad y de la Edad Media encontraba la solución en la creencia unánime de los hombres en la misma divinidad. El Renacimiento y la Reforma, la Revolución burguesa, después, rompieron esa unidad. No se volverá a hallar sino en una organización económica y social que devuelva al individuo la posibilidad de desarrollar plenamente todas sus facultades en armonía con el conjunto de la colectividad social.



Una fotografía de la última película de Eisenstein: "La línea general".

Ayuntamiento de Madrid



# RIFA

El ex dictador se ha dejado la barba. Ha hecho mal.

Nosotros somos partidarios de que caigan las barbas. Y de que caigan también los bigotes.

■ ■

«Los negocios, la desvergüenza y la política». He aquí un bonito ensayo para acudir a cualquiera de los concursos de literatura política que se anuncian. Al del «Premio Cambó», por ejemplo.

■ ■

Doscientos cincuenta millones de pesetas. Doscientos cincuenta millones de pesetas.

A esta cifra alcanzan los compromisos contraídos por la Caja del Fomento de Casas baratas y pequeña propiedad, garantizados (naturalmente) por el Estado en la época en que era ministro de Hacienda el Sr. Calvo Sotelo.

Esta es una de las combinaciones que se hicieron siendo ministro de Hacienda el Sr. Calvo Sotelo.

Nos hubiera resultado más barato (como ministro de Hacienda) el Sr. Gaxapo.

■ ■

Cambó se ha tenido que largar al extranjero, todo mustio, cariacontecido y mojado, después de llamar en vano a todas las puertas.

¡Pobre millonario! ¡Pobre dictador en proyecto! ¡Pobre caricatura!

No le va a quedar más servidor leal que el Sr. Estelrich. El Sr. Estelrich se halla ahora muy atareado recogiendo firmas de intelectuales madrileños (pocas, porque nadie quiere firmar) para ofrecérselas en un álbum al Sr. Cambó.

El álbum llevará un lacito con los colores nacionales.

■ ■

Los escritores españoles se han dejado sorprender de nuevo por Ferro, un periodista portugués, funcionario de aquella dictadura, que se dedica a entrevistar a todos los dictadores de Europa.

Fué el cronista de Primo de Rivera.

El cronista de Asuero.

El de Mussolini, el de Alejandro de Yugoslavia, el del general Machado, el de Gómez, de Venezuela.

Este Ferro es un fascista vergonzante, como todos los fascistas ibéricos.

Ha querido poner en ridículo a Marañón.

Y le ha casado con una colaboradora del *Diario de Noticias*, de Lisboa, órgano del general Carmona.

Tiene contactos con nuestro Patronato del Turismo y escribe unas inepcias vanguardistas verdaderamente repugnantes.

Conviene que cuando este fascista se acerque a nuestros escritores, le pidan la documentación.

■ ■

Ha llegado Maeztu.

Durante su época de embajador ha puesto en práctica su famosa teoría de «el sentido reverencial del dinero».

A su manera, éste también ha sido un técnico.

¿Y del Sr. Albiñana? ¡Ni siquiera gobernador! A pesar de llamarle a Martínez Anido genio político y decir que es un varón ejemplar, justo, bueno, pacífico, discreto, benévolo y humanitario.

Hay que decir lo que decía D. Miguel de Unamuno de cierto periódico: «No lo he leído nunca; pero, a juzgar por los que me lo recomiendan...»

■ ■

Una conferencia de Vallengano:

«Deberes de la juventud.»

¿Deberes de la juventud? Las buenas bodas, los buenos puestos, los buenos negocios.

Y, sobre todo, la consecuencia política.

En esto, el conde de Vallengano es un símbolo.

■ ■

Proponemos para el Sr. Calvo Sotelo el calificativo que se dió a sí mismo:

*El ex ministro de los parafernales.*

■ ■

La Grandeza se ha refugiado en *El Imparcial*.

Allí hace sus campañas.

¿Cuántos ejemplares tira *El Imparcial*?

■ ■

Un mitin monárquico.

Campañas monárquicas.

Aviones que dicen «¡Viva el Rey!».

Hojitas verdes.

Caballeros, esto es inexplicable.

Pero ¿es que está en peligro la Monarquía?

La duda ofende.

■ ■

ha dicho que de los actos del Gobierno responden sus ministros responsables.

El «ex ministro de los parafernales»

Sin Cortes, sin Prensa, sin libertad de reunión, estos dictadores hablan de responsabilidades.

Pero ya se las exigiremos.

Ojo por ojo y diente por diente.

■ ■

1923.

Don José Calvo Sotelo.

Abogadito. Diputadito. Gobernadorcito.

Vida modesta. Lucha por el cacicato gallego. Apuros. Quejas. Ni accionista ni apenas cuentacorrista.

1930.

Ex ministro de Hacienda.

Presidente del Consejo de Administración del Banco Central.

Entre ambas fechas hay un paréntesis en el que ocurrieron muchas cosas en España.

Recordamos ahora...

Quiebra del Crédito de la Unión Minera. Encarcelamientos. Avaes del Estado. Situación angustiosa de algún Banco. Monopolios de Teléfonos, Petróleos, Corcho.

Sobre todo, corcho.

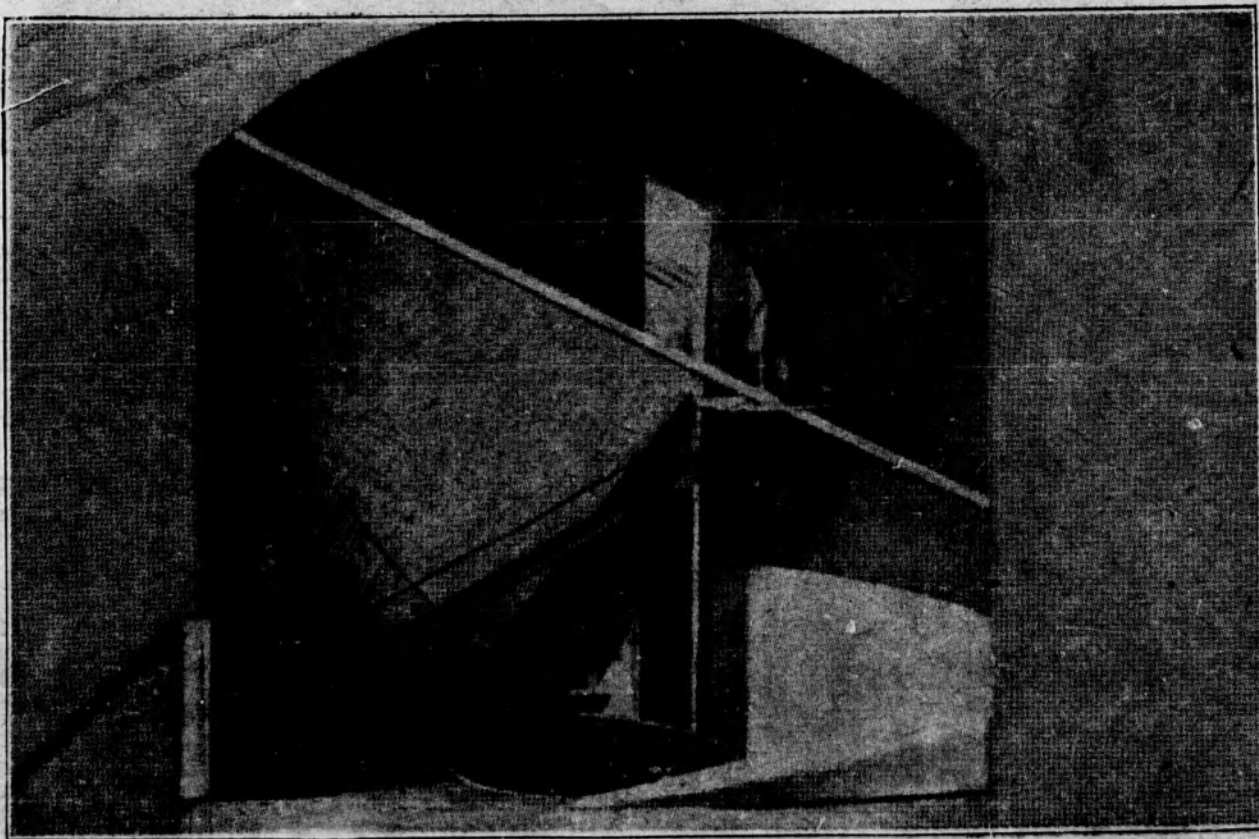
Es lo que recordamos más por encima.

■ ■

Es lástima que NUEVA ESPAÑA no sea una sartén en vez de una revista. Porque siendo sartén podría preparar a sus lectores magníficos refritos.

Podría publicar números extraordinarios con la colaboración española de: Miguel de Cervantes, Francisco de Quevedo, Luis de Góngora, Fray Lope Félix de Vega, Carpio, etcétera, y como colaboradores extranjeros, Shakespeare (Inglaterra), Molière (Francia), Camões (Portugal), Goethe (Alemania), Dante (Italia), etcétera.

Esto entre los clásicos. Que entre los modernos, ¡imagínense ustedes!



Ayuntamiento de Madrid. Un escenario del Teatro de Meyerhold.



# Hjalmar Branting y el socialismo sueco

por Ernesto M. Dethorey

## CARTA DE ESTOCOLMO

La vida de Hjalmar Branting—una de las más destacadas figuras que ha tenido el socialismo mundial—se extinguió el 24 de febrero de 1925. La *Stockholms Arbetarekommun* (Comunidad de Trabajadores de Estocolmo) ha celebrado el V aniversario de la muerte del *leader* socialista con una velada, que tuvo lugar en la gran sala del Palacio de Concierdos. En pocas ocasiones hemos visto este vasto local tan animado. En él se celebra también anualmente el reparto de los premios Nobel. Pero, ¿qué diferencia entre el público del 10 de diciembre—fecha del reparto de premios—a éste de hoy! En aquella ceremonia oficial, público oficial, grandes personajes, figurones, grandes cruces, lambolla oficial, frialdad oficial. En esta ceremonia de hoy llena la sala el pueblo, los trabajadores, conscientes de su deber. No han necesitado ser invitados para asistir en masa a rendir el tributo de su recuerdo al ausente. Han pagado una corona cada uno. Precio igual para todos. No vemos en la sala grandes personajes ni figurones; pero sí personas. Y el ambiente es cordial. Caldeado por el pueblo. Por ese calor entusiasta, vivificante, de las multitudes, que acompañó a Hjalmar Branting hasta su último instante.

Hjalmar Branting es la sola figura del Socialismo que pudo gozar, en vida, la satisfacción de la victoria. Antes de morir pudo recoger los frutos, la cosecha de su pródiga siembra. El Socialismo—el sueco en particular—ha podido contrastar la viabilidad de su teoría gracias a Hjalmar Branting. Evoquemos su figura: sus cabellos se levantaban, no como una ola, sino como un acantilado, sobre la frente; su porte, imponente; avasallador su gesto; las blancas y bien pobladas guías de su bigote ponían un gesto de bondad paternal en su rostro voluntarioso. Parecía, en otras ocasiones, el «canciller de hierro» del Socialismo. Le vemos de pie en la tribuna, avanzando el brazo derecho... Tras él flotan al aire los rojos estandartes de las Sociedades obreras... Ahora, en el fondo de la sala, es sólo su busto en bronce lo que está de cara al público. Detrás del busto, los pliegues de los rojos estandartes caen con gesto desmayado.

\*\*\*

El nombre de Hjalmar Branting llena toda la historia del socialismo sueco. Las ideas socialistas llegaron a Suecia en 1880. En 1881 hubo la primera agitación socialista; pero revistió escasa importancia. En 1883 entraba Hjalmar Branting en la política. «Vino como un don del cielo», dice Z. Höglund al auditorio. (Z. Höglund, redactor del *Social-Demokraten*, ha escrito también un libro, *Hjalmar Branting och hans livsgärning*—«Hjalmar Branting y los hechos de su vida», cuya publicación en 34 fascículos ha terminado coincidiendo con este V aniversario.) «Como un don del cielo». Es decir, en el instante propicio, en el momento que más necesario era. Desde que Branting apareció en el horizonte po-

lítico de Suecia, los socialistas se fijaron en él, le escucharon, le siguieron. Había llegado el *leader* que los conduciría a la victoria. Sin él, nadie lo duda, las ideas socialistas hubieran hecho su camino, seguido su misión en la historia de Suecia; pero no hubiera sido tan brillante y tan rotunda la carrera. Las ideas socialistas de Branting—marxista reformado—, fundador de la socialdemocracia sueca, se adaptaron siempre al momento político de su país. Branting era contrario a la violencia. Era parlamentarista hasta el extremo. Branting propugnó en todo momento la inteligencia de los trabajadores con la clase media de tendencias radicalistas. Y es por haber conseguido esto que el socialismo sueco ha ido de victoria en victoria.

El primer triunfo señalado de la socialdemocracia sueca fué en 1917, cuando se formó un Gobierno de coalición liberal-socialista y le fué confiada a Branting la cartera de Hacienda. Nuevos triunfos, aun mayores, les esperaban a los socialdemócratas. En 1920 la victoria es total. Se forma el primer Gabinete socialista que ha gobernado en el seno de una Monarquía constitucional. Branting es el ministro de Estado. La cartera de Estado lleva consigo, en Suecia, la Jefatura del Gobierno. En 1921 preside Branting el segundo Gabinete socialista, hasta abril de 1923. En el otoño de 1924 forma Branting el tercer Gabinete socialista. A principios de 1925 se retira del Gobierno por motivos de salud; pero continúan los socialistas en el Poder hasta 1926, o sea hasta un año después de su muerte.

El nombre de Branting va unido en los últimos años de su vida a los problemas de Europa, en especial a los de la postguerra y a los de la pacificación. Branting propugnó en todo momento las ideas de la Segunda Internacional, la unión de los trabajadores y la sagrada libertad de la Prensa. En su país propugnó la socialización y democratización de la industria y el libre cambio. Uno de los puntos principales de su política interior era la disminución de los gastos de guerra. En 1925, siendo ministro de Defensa P. A. Hansson, actual *leader* de la socialdemocracia sueca, logró el Gobierno socialista una importante reducción en el Ejército y en los gastos para la defensa nacional. La política exterior de Branting encaminóse también al logro del ingreso de Suecia en la Sociedad de Naciones, lo que sucedió en 1919. En este mismo año se adoptó en principio en Suecia la ley limitando a ocho horas la jornada de trabajo. Sus trabajos en pro de la unión de los pueblos y en pro de la pacificación de Europa fueron recompensados, en 1921, con la mitad del premio Nobel de la paz. En 1924 celebró una reunión en Roma la Sociedad de Naciones, siendo Branting ministro de Estado. No pudo asistir personalmente por motivos de salud. Fué enviado a Roma el ministro del Exterior. Este, además de representar a Suecia en las reuniones de la Sociedad, llevaba el encargo particular de Branting de que depositara en su nombre una corona sobre la tumba de Matteotti, el *leader* de los socialistas italianos, asesinado vilmente por los fascistas. Este gesto de Branting es único en la historia de nuestro tiempo: un hombre de Estado de una nación oponiéndose a otro hombre de Estado de otra nación, abiertamente, prescindiendo de la vía diplomática.

\*\*\*

Desde que Marx diera forma a la idea socialista, ¿cuántas modificaciones no habrá sufrido ésta! En Europa, por ejemplo, hay socialistas de todos los matices. Los hay en la U. R. S. S. y son bien distintos de los suecos, que no vacilan en aceptar la confianza de la Monarquía. Los hay en Francia, en la República fran-

## JAVIER MORATA HA PUBLICADO:

- Villanueva: **EL MOMENTO CONSTITUCIONAL** 5 pesetas.
- Villanueva: **¿QUÉ HA PASADO AQUÍ?** 5 pesetas.
- Vital Aza: **FEMINISMO Y SEXO** 4 pesetas.
- Goutte: **EL DESEO DE MATAR Y EL INSTINTO SEXUAL** 4 pesetas.
- Barcia Goyanes: **LA VIDA, EL SEXO Y LA HERENCIA** 8 pesetas.
- Feyjó: **LOS HOMBRES DE VIDRIO** 4 pesetas.
- López Ureña: **EL MISTERIO DE LA VIDA** 6 pesetas.
- Gabriel Maura: **AL SERVICIO DE LA HISTORIA. - Bosquejo Histórico de la Dictadura.** 5 pesetas.
- Polo Flayo: **EL GRAN ESCLAVO - EL MÉDICO** 5 pesetas.
- Torrubiano: **EL DIVORCIO VINCULAR Y EL DOGMA CATÓLICO** 7,50 pesetas.
- Plá: **LA MISIÓN INTERNACIONAL DE LA RAZA HISPÁNICA** pesetas.
- Roso de Luna: **ABERRACIONES PSÍQUICAS DEL SEXO** 10 pesetas.
- Valdés Lambea: **TUBERCULOSOS Y NO TUBERCULOSOS** 5 pesetas.
- Raiz-Funes: **ENDOCRINOLOGÍA Y CRIMINALIDAD** 15 pesetas.
- Torrubiano: **BEATERÍA Y RELIGIÓN** 5 pesetas.
- Novoa Santos: **EL INSTINTO DE LA MUERTE** 4 pesetas.

EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA

—: —: —: Y AMÉRICA :—: —: —:



## Recuerdos de un médico de pueblo

# LOS APRENDICES DE BRUJO

Un verano me encontraba en Deva, pasando unos días en casa de la condesa de Lersundi.

Tenía largas conversaciones con mi amigo Fernando del Valle Lersundi, hijo de la condesa, aficionado como yo a cuestiones históricas. Hablábamos con frecuencia de la penuria de datos, de memorias y de documentos que hay en el país vasco para componer la historia contemporánea.

—En donde habrá probablemente papeles—me dijo Fernando una vez—será en Cestona, en casa de D. Pedro Egaña.

—Los había cuando yo era médico del

cesa, por lo tanto, socialistas republicanos, y, a pesar de la forma republicana de Gobierno, no aceptan formar Gabinete cuando se lo encargan. Los hay en Inglaterra y Alemania, parecidos a los suecos. Los hay en España, también republicanos... En más de una ocasión hemos dicho que el socialismo sueco es un socialismo especial. No es puro. Pero, ¿qué socialismo se conserva hoy día con toda su pureza teórica? El socialismo sueco es moderado. No tiene ya el carácter, hoy día, de partido extremo que tiene aún quizás en otros países. El socialismo es, en Suecia, un partido fuerte, por lo tanto, un partido de Gobierno. Va en camino de quedar como uno de los partidos turnantes en el Gobierno. (He aquí la composición de la segunda Cámara actual, después de las elecciones ordinarias de 1928: liberales y radicalesprohibicionistas, 32; socialdemócratas (y comunistas), 98; conservadores y agrarios, 100.) La obra de Branting ha sido precisamente encauzar el socialismo sueco, con gran sentido del momento histórico—alguien diría oportunismo—, hacia un fin práctico, de resultados positivos. El socialismo ha cumplido gran parte de su misión en Suecia—esta misión que todavía no ha cumplido en algunos países, España entre ellos; pero que también se cumplirá, es ley de vida, tarde o temprano; es más, que para que la Humanidad progresase al unísono, habrían de aprestarse todos a que se cumpliera pronto—. El socialismo ha alcanzado en Suecia la mayoría de las ventajas sociales que se proponía obtener. Puede ser llamado a gobernar en cualquier momento dado. La Constitución sueca es lo suficiente elástica para permitir que actúe como partido turnante un partido que en algunos países lo juzgan —¡todavía!— de peligroso.

Es después de estos cinco años de «ausencia» que podemos comprobar la estabilidad de la obra de Branting. Es decir, la estabilidad del socialismo sueco.

Estocolmo, marzo 1930.

pueblo en Naranjadi, la casa de Egaña zarra (Egaña el viejo), como se llamaba al antiguo ministro de Isabel II, que hacía años había muerto.

—Es verdad, que usted ha sido médico de Cestona.

—Sí.

—¿Y usted vió la biblioteca de Egaña?

—Sí, yo solía ir a la biblioteca de Naranjadi con frecuencia. Había libros, folletos, muchas cartas y sus Memorias.

—¿Usted las vió?

—Sí.

—¿Las leyó usted?

—Comencé a leerlas; pero no seguí.

—¿Y por qué?

—Porque estaban escritas en estilo florido y pedantesco... *Holgárame yo muy mucho... Antojábaseme...* Para mí, entonces, esto era pestífero. Otra de las cosas que me chocó mucho fué que en esas Memorias se llamara a Cánovas audaz revolucionario. ¡Llamar audaz revolucionario a Cánovas, a quien habíamos silbado los estudiantes en mi tiempo por despota! Me parecía muy cómico. ¡Si hubiera conocido un poco la historia contemporánea de España, no me hubiera chocado el calificativo!

—Tenemos que ir a Cestona, a ver si quedan esos papeles—dijo Fernando.

—Vamos, si usted quiere.

En su automóvil marchamos a Cestona. Yo no había estado allí desde que dejé de ser médico de la villa, hacía ya treinta años.

—¿A dónde vamos?—me dijo Fernando.

—Yo iré a casa de mi antigua patrona, y de paso le preguntaré a su hermana, que es la que vive, qué sabe de la biblioteca de Egaña zarra.

—Yo, mientras tanto, iré a casa de Egaña.

Le indiqué la casa Naranjadi, convertida en bazar, y marché por la calle Oquerra a la vivienda de la sacristana.

Vi a su hermana, a la Joshepa Iñashi, y estuve hablando con ella. El cuarto que yo había ocupado estaba casi lo mismo que en mi tiempo. Me daba una impre-

sión un poco rara y angustiosa el encontrarme en una habitación donde había vivido hacía treinta años y que se encontraba igual que entonces. Me parecía como si me hubieran escamoteado la vida.

Hablamos la Joshepa Iñashi y yo de la gente de nuestra época: de Patrishio el del tambor, a quien yo le curé el pie que le aplastó una losa; de Pichia, el juez y confitero liberal; del vicario don Benigno, que hablaba siempre de grandes comidas, que comenzaban invariablemente con dos sopas; del señor Párodi, el antiguo maestro de Vergara, con su gorra escocesa con dos cintas atrás; de los curas, del secretario y de Chapao el loco. Pasamos revista a todo el vecindario.

Volvió Fernando poco después de Naranjadi. No quedaba nada allí. En casa de la sacristana había algunos legajos empolvados en la guardilla, procedentes de la biblioteca de Egaña zarra.

Dimos una vuelta por el pueblo, que como es tan pequeño se recorre al momento. Le mostré a Fernando la casa donde yo viví y el cementerio, en cuyo osario tenía yo dos sacos llenos de calaveras para llevarlas a casa y hacer mediciones antropométricas, proyecto que no pude realizar porque se lo comuniqué a otro médico y éste me dijo que para ello tenía que pedir permiso al obispo.

Salimos del pueblo, de vuelta, y estuvimos un momento parados en un barranco por donde pasa el río Mola, barranco por donde pasa el río Urola, barranco negro, que está entre Cestona e Iraeta. En esta hoz, no muy angosta, hay una cantera y junto al camino una caseta como de refugio para el caminante. A este refugio llamaban allí santucho, porque tenía aire de ermita o porque quizá lo fué en algún tiempo. El sitio me recordó un suceso que se me había borrado de la memoria completamente, en absoluto, y que luego fué brotando entre la niebla del recuerdo.

\*\*\*

En los primeros días de llegar al pueblo vi varias veces en aquella carretera de Cestona a Iraeta a una vieja vestida



de negro, de pelo blanco y desgredado, que solía llevar un manojo de hierbas en la mano. Solía ir acompañada con frecuencia por un muchacho andrajoso con aire de mendigo, que marchaba cojeando y mirando al suelo.

Me dijeron que esta mujer era curandera o emplastera; pero no de fama. No tenía mucho crédito. En el pueblo se hablaba poco de curanderos y nada de brujos o de brujas. En la comarca el hijo del curandero de Arnabate se había hecho médico y tenía una clínica, creo que en Elgoibar. Esto parecía indicar que el curanderismo se intelectualizaba. Tampoco oí hablar en Cestona, como he oído después en la parte vasca de Navarra, de procedimientos mágicos para curar las hernias, como ese que consiste en pasar a los niños por una rama desgajada de un roble a las doce de la noche, pronunciando una oración.

A la vieja mendiga y curandera le vi una noche, en el santucho de Ociñ beltz, con el mozo que le acompañaba, sentados los dos en el banco de piedra de la caseta y a la luz de unas ramas encendidas. No sé si estarían haciendo algún conjuro.

Me llamó la atención la vieja y pedí detalles de ella. Me dijeron que no era del pueblo. Debía de ser de Lastur, de una barriada de la parte de Iciar, donde había toros bravos. Era aquella mujer medio curandera y medio bruja, de poco prestigio. Además, al parecer, se emborrachaba con frecuencia. Solían andar el mozo y ella—el mozo debía ser sobrino nieto—por los montes, recogiendo hierbas para hacer emplastos.

Una semana o dos después volví a ver a la extraña pareja, un día que fui a visitar al médico por entonces de Iciar, mi amigo y condiscípulo, José Madinaveitia. Recuerdo que en este viaje que hice por el monte, al llegar a un bosquecillo, me persiguió una cerda grande con una decisión tan constante y tan agresiva que me llegó a dar miedo. Ni el palo ni las pedradas asustaban al animal, que me seguía y me seguía con ánimos de atacarme.

Poco después de salir del bosquecillo me encontré a la vieja curandera y al mozo. Estaban sentados en un ribazo y separando unas hierbas. Me acerqué y

una vieja seca, vestida de negro, con el pelo muy blanco, que le salía en mechones rojizos por debajo del pañuelo; la cara arrugada y denegrida, la mirada atenta y el aire suspicaz. El mozo no tendría veinte años, parecía muy marrullero y cazurro y no miraba de frente.

A mis preguntas contestaron con vaguedad estudiada. Yo hablaba mal el vasco y quizá no me comprendían bien. Quizá desconfiaban.

La vieja, por lo que me habían dicho, tenía gran enemistad por los médicos. Probablemente le habían molestado tantamente por pedantería profesional. De los dos anteriores a mí, uno de los cuales se había marchado del pueblo, parece que decía la vieja, sobre todo cuando tenía un vaso de más:

—A ese médico nuevo y al castellano los metería, a los dos, en un tonel y desde la punta de Erchina los dejaría caer abajo, tampa..., tampa..., tampa.

Me despedí de la vieja y del mozo y seguí mi marcha, pensando que debía ser muy mísera la vida de aquella gente. En Iciar hablé con Madinaveitia. Madinaveitia vivía en el pueblo con una hermana, mayor que él, una señorita muy amable. Tenía una casa bonita, en el alto; con una vista al mar espléndida.

Comimos juntos y hablamos de la profesión. El manifestaba entusiasmo por la Medicina. Yo no me mostraba contento.

—Pero, ¿por qué?—me dijo él.

—¿Qué quieres! Yo creo que no hago un diagnóstico bien.

—Pero eso le pasa a todo el mundo, sobre todo al que empieza. Hay que estudiar al enfermo, hay que verlo...

Luego hablamos de curanderos y de brujas. Allí, en Iciar, no había esta clase de gente.

Madinaveitia me decía que no permitiría en su partido intrusiones médicas. Tenía más fe en la Medicina que yo.

\* \* \*

Unos días después, de noche, antes de ir a acostarme, estaba en la cocina de la casa de la sacristana, a la lumbre, cuando vino el alguacil a decirme que tenían que ir a Ociñ beltz, porque una mujer se había caído desde lo alto de la cantera.

El alguacil, un hombre un poco chusco, venía con un farol para acompañar-

me. Salimos del pueblo y fuimos por el camino de Iraeta hasta llegar al barranco. El cielo estaba negro y el río más negro aún.

—Es un sitio triste éste—le dije yo al alguacil.

—¡No se vaya usted a asustar, eh, señor médico!

—¡Bah! No hay miedo. Paso por aquí con frecuencia, solo y de noche, y no llevo nunca ningún arma. El otro médico me ha dicho que lleva revólver.

Llegamos a la cantera de Ociñ beltz y avanzamos, por entre las piedras rotas, hacia donde se veía la luz de otro farolillo.

Cuando me acerqué al cuerpo de la mujer y eché la luz del farol a su cara, por el pelo blanco y el traje negro comprendí que el cadáver era de la curandera. Tenía un ramo de hierbas apretado entre los dedos.

—¿Hay algo que hacer?—me dijo el secretario del Juzgado.

—Nada. Esta mujer lleva muerta tres o cuatro horas ya, por lo menos.

—¿Se habrá suicidado?

—No creo. Todo hace pensar que estaba cogiendo hierbas. Le habrá dado algún vahído o con la oscuridad se habrá equivocado de vereda y se ha resbalado.

Al día siguiente había que hacerle la autopsia, diligencia inútil, porque no había duda sobre la causa de la muerte. Tenía el cráneo fracturado por varias partes.

Estando en el Depósito del cementerio, con el alguacil, se presentó el mozo que acompañaba a la vieja, el sobrino nieto, y me preguntó con interés si podía registrar las ropas de la muerta. Yo le dije que creía que sí. Registró las ropas. No sé qué buscaría. Sacó unos papeles sucios, un librito pequeño como una novena y dos o tres perras gordas. Después me preguntó misteriosamente si iba a abrir el cuerpo de la abuela. Le contesté que era lo que mandaba la ley, abrir las tres cavidades de los muertos violentamente; pero que no lo haría, porque no había necesidad.

El mozo no sé si entendió mi respuesta. Después hizo algunas preguntas al alguacil acerca de dónde iban a enterrar el cadáver. Luego se marchó de allí y ya no le volví a ver más por el pueblo.

PIO BAROJA



# Reorganización seudocívica de la picardía

## Carta de un "hombre nuevo"

«Como te prometí, apenas llegado a esta ciudad, y ya repuesto del viaje (1), te escribo. También aquí se quiere restablecer la paz de los espíritus, como en Madrid. Pero resulta que los espíritus no están agitados y su pacificación plantea un problema muy delicado, el primero del nuevo régimen. Será necesario inquietarlos por cualquier medio para que los gobernadores puedan luego pacificarlos, como les han mandado. No sé si tendrán tiempo—hasta las elecciones—y fuerza bastante, porque sólo habiendo vivido por aquí se sabe el esfuerzo que habrá de realizar este Gobierno para que las conciencias se alboroten.

»Ya sabes lo inquieto que soy; pero vuelvo de Madrid con más reposo moral del que llevé. Yo lo atribuyo a haber nacido en esta provincia. Para que los espíritus pierdan la paz interior, habría que comenzar por hacer que cuantos hemos nacido aquí volvámos a nacer en otra parte, por Real orden. No sé si desvarío. Yo no entiendo mucho de política. Tengo mis ideas, eso sí. Por ellas la dictadura me metió en la cárcel. Basta ese dato y el de mi edad para saber que soy «hombre nuevo» o, por lo menos, que puedo serlo. ¿Tú lo crees así? Bueno; pues por las primeras gestiones que hice para organizar un modesto grupo local me he convencido de que no.

»La sinceridad de mis creencias políticas y la unanimidad con que todos reclaman hombres nuevos, me animaba mucho. Pero al primer paso me atajaron: «¿Quién es usted, de dónde viene, quién lo abona?» Me quedé estupefacto. «Soy un hombre nuevo, vengo de donde suelen venir todos los hombres nuevos: de sí mismos; me abonan mis ideas.» Pero fué inútil. Las ideas, que era en lo que más fiaba, no sirven para nada en la política. La «novedad» dicen que está muy bien adscribiéndose a Romanones, Bugallal, Sánchez Guerra o García Prieto. Lo mismo encuentro en todas partes. ¿Sabes qué consecuencia saco? Todos los políticos se consideran hombres nuevos. Pasa con esto como con la edad de las mujeres, que nunca falta un punto de referencia para afirmar la propia juventud. El de los políticos viejos es, a través de la última dictadura, Felipe II. No hay manera, pues, de quitarles la razón. Pero ignoran que no podrá pasar mucho tiempo sin contar con la conciencia nacional, y ésta, callada e indiferente, evoluciona, sin embargo, demasiado de prisa para que esas referencias sirvan de algo. Los viejos políticos creen que van a la cabeza del sentimiento nacional, y van a llevarse una gran sorpresa al comprobar que se han quedado tan rezagados que ya no habrá manera de incorporarse. Porque no es lo mismo incorporarse al régimen que a la conciencia del país.

»Lo he podido comprobar en mi viaje a esa Corte. Los seis años de dictadura han educado políticamente a España. Han sido provechosos como una dieta rigurosa para un enfermo de vientre. El

español sano verá con repugnancia la exhumación de las levitas dinásticas. No la impedirá, pero se reirá viendo los faldones rotos y las solapas aún condecoradas. Estos seis años de dictadura lo han hecho viejo todo. En cambio, la medula española se ha rejuvenecido. Y, como es natural, España, que todavía no ha hablado, será quien diga la última palabra. El día de la Zarzuela fui a oír a Sánchez Guerra. Te confieso que

tenía alguna fe. No conocía a los viejos políticos más que por los «pies» de las caricaturas de la época y por referencias. Ni tú ni yo sabíamos mucho de la vieja política, y yo fui a atisbarla por aquel resquicio. Después del discurso pregunté a un secuaz ilustre de Sánchez Guerra: «¿Qué cualidades se le atribuyen como jefe político?» Se apresuró a contestarme: «Orador no lo ha sido nunca. Se ha distinguido siempre



Una caricatura del Zar de Rusia Nicolás II (1905).

(1) Vino a Madrid a oír a Sánchez Guerra.



por su honradez y valentía.» Yo no comprendía bien. Son estos dos atributos sin valor político, con un valor social muy primitivo. Pero por ahí relacioné algunos hechos.

»En la vieja política, tú lo sabes, olíamos a menudo alardes de virilidad. Es un vicio en el que cayó también la dictadura. No deja de escamar que en España se repitan tan a menudo esos casos. Cuando se exaltan los atributos naturales del hombre, haciendo de ellos motivo de orgullo, se revela esa obsesión de lo normal que tienen sólo los

### Lea usted NUEVA ESPAÑA

hombres inferiores. Había algo peor. Al querer convertir en banderín de enganche esos atributos, ofendían a las masas, atribuyéndoles una sensibilidad femenina. En la Zarzuela, los conservadores recordaban la fábula de las ranas que se han subido ya sobre el palo; pero vuelven de nuevo a croar pidiendo otro. No vayas a pensar que ya se habían desengañado todas. Había algunos ancianos, muy venerables, que se escandalizaban de la irreverencia del orador. Yo creí ver a través de Sánchez Guerra lo que ha sido la política anterior: la de nuestros padres. No podremos nosotros, los que formamos después, comprender esa ausencia de doctrina, de substancia social y política, esa miopía del personalismo que lleva a exaltar la honradez y la valentía. Nos parecería bien esto en una República de bandidos y de cobardes, pero no en España, donde a todo ciudadano se le sobrentiende la honradez por su sobriedad casi miserable, y la valentía por la conquista de América, por las guerras civiles del siglo pasado y por los catorce mil muertos de Marruecos. No ha habido en esos hombres una visión completa de la realidad española, y eso ha sido todo. Una organización electoral casi burocrática, ligada a la administrativa bajo un régimen de promesa y palo, era el secreto de los «conductores de muchedumbres». Pero esto ya no es hoy un secreto para nadie.

»Creo que todo español nuevo abominará ya definitivamente la política del 17 y del 21, riéndose de las alusiones literarias y de las anfibologías. Esta generación huye de la vieja vida española; se siente a su lado extraña y distinta.

### Lea usted NUEVA ESPAÑA

»Perdona, chico, si en mis divagaciones me he acalorado un poco. He salido del tono divertido que suelen tener nuestras cartas; pero al rozar esas cuestiones no se puede permitir hoy la ironía pasiva a ningún español. Al principio te hablaba de la tranquilidad de los espíritus. Pasa con esto como con lo demás: que el Gobierno habla en un idioma y el pueblo en otro.

»Salud. Hasta pronto, *Julio Ibérico.*»

Por la copia,  
RAMON J. SENDER

No nos es posible publicar un artículo de D. Julián Zugazagoitia.

# MÚSICA

## EL «BOLERO» DE RAVEL

por JESÚS BAL Y GAY

No se puede concebir un gris más uniforme, menos vibrante, que el de la vida filarmónica madrileña. Las orquestas —que «necesitan vivir»— se ven obligadas a darnos programas populares. Las Sociedades de conciertos, aburguesadas —es decir, inertes, estúpidas y frívolas—, se gozan casi exclusivamente en repetirse a sí mismas todos los tópicos del repertorio virtuosista y de la música clásica más fácil.

La ópera enmudeció —¿para siempre?—, dando así la tónica justísima de la cerrilidad ambiente en nuestra aristocracia. Claro que a ésta le es suficiente cualquier sustitutivo: abonos de gala para ver obras de Linares Rivas o los mentables bailes de la Paulova. Porque

el caso es verse unos a otros en traje de etiqueta.

Así se explica que no conozcamos; todavía! *Pelléas*, *La consagración de la Primavera* y otras obras fundamentales en la música contemporánea, que el día que por fin se estrenen nos van a parecer viejas. Y así se explica también que al final de una serie de conciertos como los de la Orquesta Filarmónica, y a pesar del generoso criterio del maestro Pérez Casas, no podamos comentar más que una novedad realmente interesante.

\*\*\*

Mauricio Ravel es el hombre de los «tours de force», el hombre empeñado —muy francés— en sacar cosas de la nada, en buscar cinco—no tres—pies al gato. Si lo consigue o no, lo dicen mejor que nadie sus propias obras. Recordemos solamente *la Sonata para violín y violoncello* y la rapsodia *Tzigane*, para violín.

El alarde del *Bolero* radica en tres cosas: forma, ritmo y dinámica. La forma, exenta de todo formalismo más o menos al uso. Nada de desarrollos, de variaciones, de contrapuntos, modulaciones, contratemas, etc., etc. Un tema único, repetido como sus buenas veinte veces. Y nada más. Pero esa construcción simple, primitiva, está armada sólidamente por el ritmo y la dinámica. El ritmo deviene obsesionante, según expreso designio del autor. Y la orquesta va poniéndose en movimiento progresivamente, en una dinámica rectilínea y eficazísima, hasta llegar a la postrera repetición del tema, convertido en puro frenesí. Forma abierta, transcendente, anti-clásica, gótica.

Ante esto hay que pensar en la música primitiva. La negra, concretamente, donde la repetición infinita de un tema único produce una embriaguez delirante a cantantes y bailarines. Yo vi esa embriaguez en el público de la Zarzuela, al aplaudir frenéticamente el *Bolero*. Por algo «en el principio fué el ritmo».

La influencia de lo negro en Ravel se verifica a través del jazz. Hay pruebas anteriores que no citaré. El secreto vital del *Bolero* es el mismo que el de los mejores bailables de Paul Whiteman o de Jack Hylton: repetición de un estribillo, presentándolo bajo sucesivas y variadas combinaciones instrumentales y sostenido constantemente por el acompañamiento uniforme de la percusión. Y todavía un punto más de contacto entre el *Bolero* y el jazz: la incorporación del saxofón a la Orquesta Sinfónica.

A todos los que hemos depositado una gran confianza en el jazz nos alegra esta victoria de Ravel, músico que no tiene ya nada de joven. Ella constituye una prueba clarísima de que, a pesar de estéticas de laboratorio, podremos vivir al fin bajo una música nueva y vital, absolutamente alejada de las normas consuetas y más humana que la de quienes pretenden anacrónicos retornos.

### EDITORIAL PLUTARCO

ACABA DE PUBLICARSE:

Segundo tomo y mapas de

### LA ESPAÑA DEL CID

DE

RAMON MENENDEZ PIDAL

Director de la Real Academia Española

### LECTURAS DE HISTORIA DE ESPAÑA

POR

CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ  
Y AURELIO VIÑAS

VIDAS

### CAVOUR

DE

MAURICIO PALEOLOGO

De la Academia Francesa

### COLECCION DE AUTORES CONTEMPORANEOS

Ediciones reducidas y numeradas, en papel de hilo

### LA AMANTE

versos, segunda edición, por  
RAFAEL ALBERTI

### EL ARTE DE BIRLIBIRLOQUE

POR

JOSE BERGAMIN

### POEMAS ARABIGOS-ANDALUCES

POR

E. GARCIA POMER



## El periodismo en función del proletariado

por Maximiano G. Venero

Invoquemos la atención de las jóvenes individualidades del periodismo español. Sólo a ellas puede dirigirse nuestra cordial dedicación. En los núcleos anticuados del periodismo suscitaremos, de seguro, un buen enojo. Nada es mejor, amigos, que hallarse en el camino oposiciones subjetivas, temperamentales, agrias, violentas. Es preferible siempre el diálogo un tanto vivo, o mejor, la polémica muy estridente, a la vulgaridad en la acogida. No rehusemos ahora el tono cordial del pasquín, del verbalismo de *meeting*, del cartel provocador. Hay una evidente ventaja en la provocación. Provocar es adelantarse y tener ganada, en tercera parte, la batalla que ha de reñirse.

Empecemos, pues, por buscar pelea en el periodismo. Entre nosotros, los profesionales del periódico viven en una perfecta anarquía conservadora. Quiere decirse que carecemos, casi en la suma total, de ordenación de cerebros y de voluntades y de esfuerzos. El periodismo es menos que una función de aristocracia, menos que una función de proletariado. Es—digámoslo sinceramente—una función de parias. Carece casi siempre de dignidad de función. No hay menosprecio particular en esta frase. Entre nosotros, ha carecido de dignidad de función, muchos años, el proletariado. No la ha poseído en largo tiempo la mesocracia. Y carecen de ella los estratos sociales

que ocupan preeminencia en el orden social de España.

Esta pobreza de dignidad halla origen en la falta de un sentido de clase. El proletario que sigue el ritmo productor de una máquina cualquiera, ha extraído, ha obtenido ya la evidencia de su vida social. Sus brazos y su cerebro son una biela indispensable, una biela de músculos y espíritu, junto a las bielas puramente mecánicas del artefacto. Para conseguir esa suprema evidencia, el proletario de la máquina ha tenido que rebelarse. Ha dejado sin vida a la máquina por espacio de una huelga. Se ha organizado. Tiene una bandera roja. Posee un programa internacionalista. Canta un himno, que puede ser coreado por compañeros de todas las latitudes.

El periodista se halla en soledad. No es aristócrata. No es plutócrata. No es proletario. Es, pues, un paria. Un hombre errante dentro de sí mismo, colmado de vacilaciones.

\*\*\*

Existe ahora un núcleo juvenil en el periodismo español que espera asir definitivamente la mano del camarada linotipista, del camarada maquinista, y encontrarse a la sombra de una misma bandera roja. Aspira, en resumen, a situar-

se en función de proletariado. La existencia de los periódicos sin gran capital se hace cada día más áspera.

El periodista—el que acarrea noticias, el que colecciona fotografías, el que fabrica al dictado comentarios—se halla como nunca en beligerancia con su patrón.

Necesita el proletario periodista aumento de salario, reducción de jornada, mejoramiento de condiciones de trabajo, y el patrono defiende, lógicamente, la estabilidad de sus ganancias. Surge, pues, el primero y esencial conato de beligerancia entre ambos. Es necesario afirmar el sentido de clase. Ninguna coyuntura es tan propicia como la vinculación al proletariado de las linotipias, de las rotativas. En otra clase social el periodista no puede encontrar la solidaridad magnífica y fraternal de los camaradas de la sala de máquinas.

Así puede hablarse a los viejos periodistas que todavía no están hundidos totalmente en la desesperanza. Así puede rehabilitarse los alientos del proletariado de las redacciones. Ofreciendo el logro aspiraciones económicas. Mas luego vendrá la propaganda ideal.

\*\*\*

Pero los jóvenes necesitan otro lenguaje. Un lenguaje de proclama y de pasquín. El lenguaje que conocen las nuevas juventudes del mundo. El lenguaje de la auténtica dignidad social.

A los jóvenes sólo debe hablárseles de libertad, de justicia, de razón. Tiene planteado un gran deber: el deber de su mocedad. Es decir, un deber de combate y de superación de las generaciones antiguas. Una misión de polémica y de batalla.

Los proletarios viejos escucharán con atención las ventajas mínimas, las ventajas económicas que les ofrece el Sindicato. Pero la juventud desertará de esa atención para integrarse al sentido ideal de las banderas proletarias. El pensamiento, en el futuro, y la acción, en el presente. He aquí una buena consigna para el combate. Que se encaminen todos los esfuerzos a restablecer el verdadero sentido, la verdadera eficacia del periodismo. Que los periódicos, después de haber llegado a una magnífica superación de medios, retornen al origen docente, al origen político de su nacimiento. Que sean, en pasión y en voluntad, las mejores tribunas del pensamiento nuevo.

Queda abierto ahora, con estas palabras, un cauce para la actuación de los periodistas jóvenes. Me es muy caro señalar una real coincidencia de pensamiento con uno de los jóvenes más interesantes de la España de ahora: Julián Zugazagoitia. Puede decirse que él por su lado y yo por el mío, hemos comenzado a la vez a discernir sobre estas cuestiones que nos plantea el mundo a los periodistas de España. Ojalá lleguen camaradas en número y en calidad para que entre nosotros prosperen las nuevas ideas. Será necesario insistir; pero la insistencia, en este caso, es aconsejable. La insistencia y la polémica. Y el combate. Tales son las verdaderas virtudes civiles de la juventud.

**El mejor medio  
de ayudar a**

**NUEVA ESPAÑA**

**es suscribirse.**

**Para suscribirse a**

**NUEVA ESPAÑA**

**basta con remitir  
una tarjeta a la  
Administración,**

**Altamirano, 18-MADRID,**

**y por Giro Postal, 4 u 8 pesetas para  
12 o 24 números, respectivamente.**

**Todo simpatizante con**

**NUEVA ESPAÑA**

**debe remitirnos direc-  
ciones de posibles sus-  
criptores.**



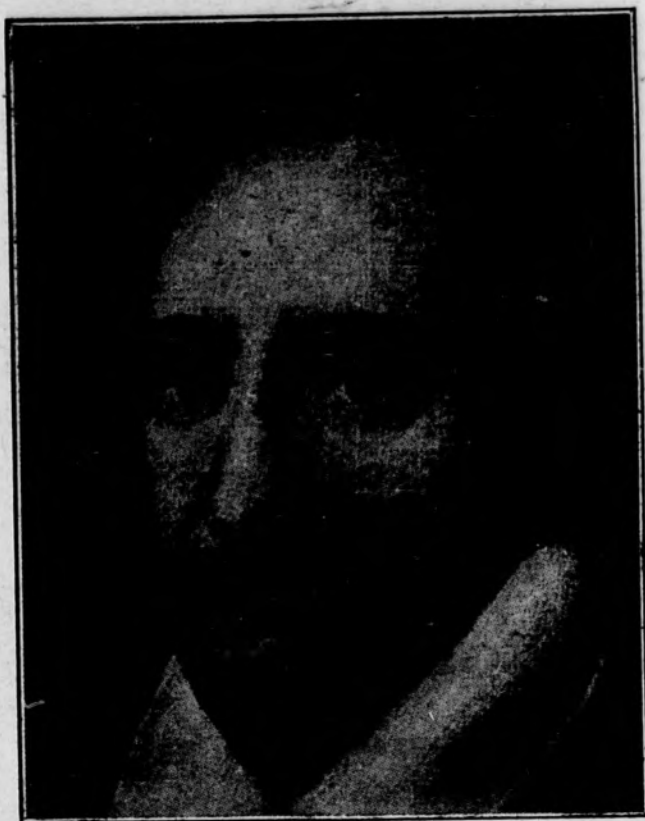
# Quemada

por JOSÉ DE LA FUENTE

## Shakespeare en la pantalla

El cinema no se presta a las adaptaciones, ni del teatro ni de la literatura, las cuales, cuantos más valores literarios o teatrales posean, menos valor fotogénico tendrán.

Por eso se pretende buscar al cinema



Shakespeare.

un campo propio de inspiración, sin necesidad de recurrir a muletas de ayuda que ejerzan sobre él una influencia contraria a la que, con ellas, se quiere lograr.

Por esto mismo no comprendemos cómo cineastas que han trabajado siempre sin coartadores pesos intelectuales ni literarios, con lo que daban muestra de haber comprendido los verdaderos fines de la cinematografía como espectáculo, ahora recurren al teatro en busca de argumentos para sus «films».

Douglas Fairbanks ha sido, para nosotros, un artista cinematográfico puro. Sus películas, a base de optimismo y de fábula ingenua, usaban de todo el dinamismo a que se prestaba el cinema. Nos hizo «films» encerrados en pocos escenarios; siempre éstos eran múltiples y fantásticos. A la técnica la sacó todo el partido espectacular posible. En fin, no tenía nada de actor teatral, ni de filósofo ni de intelectual. ¿Por qué ha recurrido a Shakespeare en busca de asunto para su última producción?

Pueda ser que, por el gran número de escenarios que usa, sea este autor el que mejor se preste a la adaptación cinematográfica; pero esta adaptación estará hecha a cambio de la desaparición de su poesía, del diálogo, de la humanidad pro-

funda que respiran sus obras, en fin, a cambio de su valor.

Cuando aún no se reconocía al cinema otro valor que el de teatro animado, se pudo llegar a adaptar sus obras, bien por la confusión producida por la ignorancia de sus posibilidades, bien en busca de un nombre para completar la insuficiente atracción que ejercía el cinema, por sí mismo.

En España, se ha podido comprobar esto: no se iba a ver películas nacionales; sino a leer u oír en imágenes, lo que antes habían oído o leído con agrado en el teatro y en la novela.

De todas las grandes obras mundiales, muchas han pasado a la pantalla, pero pocos autores habrá que hayan ejercido tanta atracción sobre los cineastas como Shakespeare. Pero después de la adaptación, por Ludwig Berger, para la «Ufa», de «Las alegres comadres de Windsor», en 1925, creímos que nadie le volvería a tomar como argumentista cinematográfico, pero Douglas, con su adaptación de «La fiera domada», nos ha demostrado lo contrario.

Antes, sí; anteriormente a 1925, se habían llevado a la pantalla bastantes obras de Shakespeare, y parece ser «Romeo y Julieta» la que más había llamado la atención de los trabajadores del cine, pues llegaron a ser cinco las filmaciones distintas que tuvo que soportar.

En 1913, inició la Casa «Pathe» las ediciones de esta obra; la siguió la «Biograph», en 1914, supervisor D. M. Griffith; en 1917, Raúl Walsh, el director de «El Precio de la Gloria», filmó otra edición para la «Fox» con Theda Bara, la cual, en el mismo año, para la misma casa y con igual director, interpretó el papel de Cleopatra de la obra «Marco

Antonio y Cleopatra», también de Shakespeare, que nosotros vimos con el título «La reina de los Césares»; también en 1927, la casa «Educational» produjo un «Romeo y Julieta», dedicado a la enseñanza, y, por fin, en 1920, la «Universal» hizo la última adaptación de esta obra, de que tenemos noticia.

La primera obra de Shakespeare llevada a la pantalla fué «El sueño de una noche de verano» que, en 1910, todavía el cinema en sus balbuceos, produjo la «Vitagraph», con John Bunny y Ann Russell, de protagonistas.

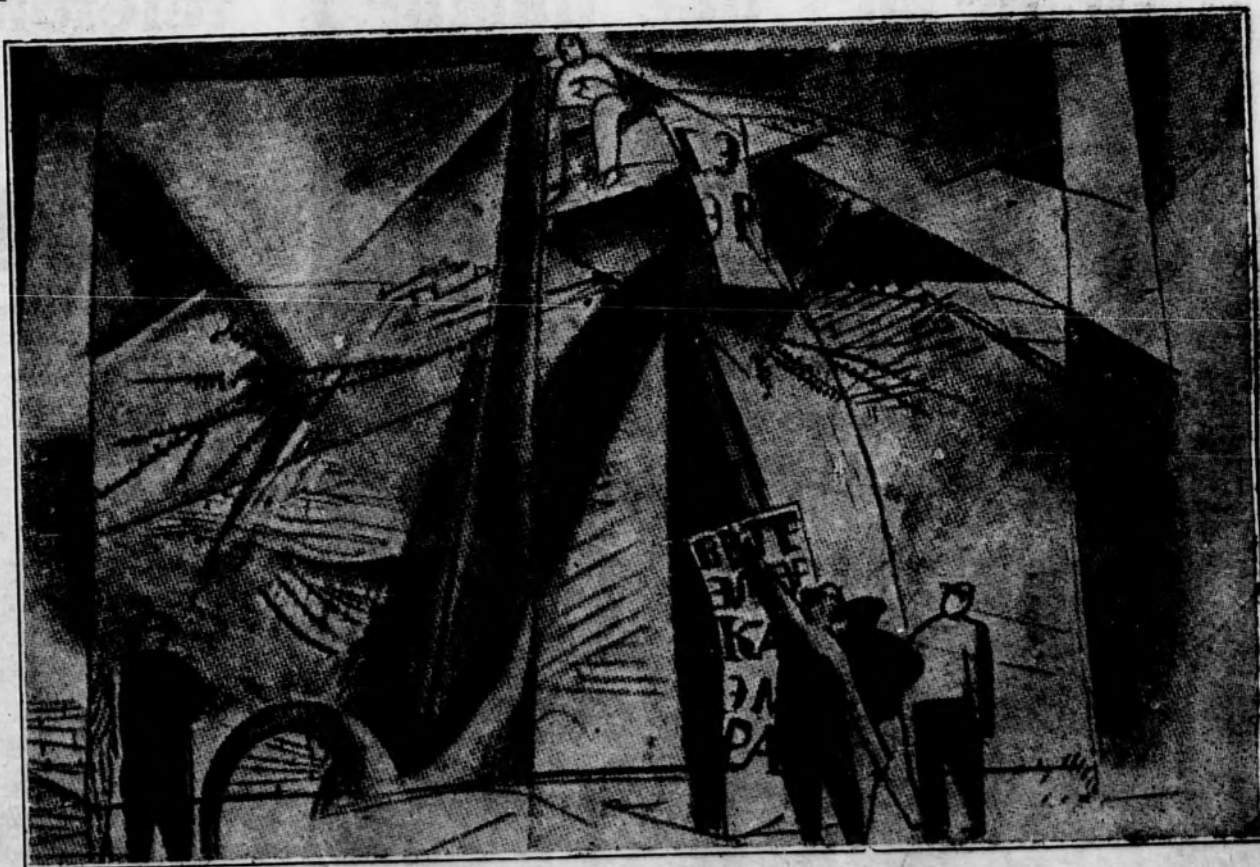
En el país de origen del autor, también creyeron en las posibilidades cinematográficas de sus obras, como lo comprueba la fundación, en 1913, de la «Shakespeare Film Company», que hizo la versión cinematográfica de «Otelio», en Londres. No tenemos noticias de que esta Casa produjese más.

Emil Jannings, actor de teatro, protagonizó, junto con Lya de Putti y Werner Kraus, una edición alemana del «Macbeth», dirigida por Dimitri Buchowetky, en 1922.

Asimismo fueron llevadas a la pantalla «La Tempestad», «Hamlet», «Ricardo III», «Julio César» y «El mercader de Venecia». Ninguna de ellas, en total 26 ediciones distintas, obtuvo éxito. Por el contrario, hubo alguna que quedó inédita, como un «Macbeth» hecho en 1916 por Severin Mars y Le Bargy, bajo la supervisión de Maurice Maeterlinck.

Las noticias que tenemos de la última producción de Douglas Fairbanks no pueden ser más pesimistas.

Es natural: no se pueden torcer impunemente los verdaderos senderos del cinema. Arte nuevo, moderno, necesita materiales nuevos, modernos.



Un escenario del Teatro de Meyerhold.



# **MUEBLES**

## **E INSTALACIONES**

### **MODERNOS**

**La única casa**

**en España que**

**realiza las más**

**atrevidas con-**

**cepciones ■ ■**

**Muebles según**

**los últimos**

**modelos ale-**

**manes ■ ■ ■**

**Si usted quiere un proyecto de instalación no  
tiene más que llamar al teléfono núm. 74327**

# **SANTOS Y LUQUE**

**Calle de José María Roquero, 4**

# **M A D R I D**



# UN REBELDE

por OGIER PRETECEILLE

I

Entre las flores echadas sobre su tumba recién cerrada, hallo este parangón de un crítico: «David Lawrence, el Shelley moderno...». La comparación es justa, pese a todas las diferencias aparentes. Justa por su pareja rebeldía y por semejanzas no superficiales de su arte. Aunque pudiera parecer su relación —a primera vista— la de Ariel y Calibán.

El lirismo de Shelley brota libremente, halla amplio y favorable cauce en la forma literaria de su tiempo. El lirismo de Lawrence es reprimido casi desde sus primeras producciones, no ya por influjo del estilo ambiente—propio de una época que lucha por «torcer el cuello a la elocuencia»—, sino por la individual rebelión del artista ante las barreras puestas a su libre expresión. El resultado puede verse en las obras del poeta y del novelista. Aun los acentos de más honda rebelión se suavizan en Shelley con la cadencia formal del verso. Aun aquellas estrofas del *Mask* («Mi padre el Tiempo, débil y canoso...», de *Hellas*, de *Queen Mab*, van vestidas, como dijo su amigo Leigh Hunt, «in flaming robe of verse». Por lo contrario, la represión lírica da a menudo a la voz de Lawrence—trémula de sinceridad—una penetrante amargura y hasta una brutalidad aparente. Pero Lawrence, como Shelley, era un gran temperamento ardiente—lírico—, apasionado de verdad, ácrata, hipersensible al dolor humano.

Pudo decir, como Shelley en *Adonais*: «He provocado y desafiado a los censores; pero no he escrito buscando el provecho ni la fama.»

\*\*\*

Quisiera relatar, siquiera sucintamente, una vida que considero ejemplo típico de nuestro momento social desquiciado y una magnífica lección de entereza.

Había nacido Lawrence en la choza de un minero. Su infancia en la pequeña ciudad de Eastwood, ennegrecida por el carbón, fué el primer acto de su tragedia vivida. Si la mal llamada «escuela única»—que en Francia propugna un radical universitario como Edouard Herriot y en Inglaterra un aristócrata conservador como lord Cecil—necesitara de nuevos ejemplos en apoyo de su necesidad Herbert Lawrence. Llenas las Universidades de gansos inútiles para toda labor intelectual de alguna altura, que allí malgastan el dinero de sus padres y el tiempo de sus profesores—sin provecho para nada ni para nadie; pero con daño de la colectividad, que habrá de sopor-

tarlos luego como gobernantes, magistrados o parásitos—, un temperamento genial como el de este hijo de proletarios, el más rico en dones de toda su generación, queda excluido de las aulas, privado de la necesaria formación, por la mera pobreza de sus progenitores.

Corrió fuerte riesgo Lawrence de quedar sepultado para siempre en un mísero pueblucho minero. Sólo a una beca, ganada a los doce años, debió la posibilidad de ingresar en el Instituto de Segunda enseñanza de Nottingham. Cuatro años después, tenía que abandonar los estudios para entrar en una triste oficina—había que ganarse el pan—, donde contrajo la tuberculosis que acabó de llevarle a la tumba.

\*\*\*

Se dedicó a la enseñanza. Fué maestro en una escuela de pobres, donde la sola tarea de mantener el orden entre los muchachos, tan mal nutridos como revoltosos, era superior a sus fuerzas físicas. Sin embargo, seguía estudiando—de noche—en su casa. A los diecinue-

ve años se halló el primero en la lista de concursantes a una beca universitaria, que no pudo aprovechar, empero, por carencia de recursos. Dos años más tarde logró, a pesar de tantos obstáculos, entrar en el Training College—Escuela Normal—de Nottingham. Su vocación literaria se había despertado ya plenamente; pero para poder escribir había que poder comer.

A los veintitrés años marchó, como maestro, a una escuela de los suburbios meridionales de Londres. Quería estudiar el francés y el alemán y terminar su primera novela, *El pavo real blanco*, que publicó en 1911. Logró un buen éxito y despertó expectación y esperanzas. Poco después abandonaba ya la enseñanza para dedicarse por entero a su arte. Tras *El Transgresor*, que acrecentó la general curiosidad en su torno, dió la mejor novela de su primera fase, *Hijos y amantes*, conceptuada inmediata y unánimemente por la crítica de lengua inglesa como una obra maestra.

Había puesto el pie en el primer peldaño. Pero no había terminado la lucha con la miseria, que todavía tenía que hundir las garras en su pecho enfermo, y empezaba su lucha abierta con la sociedad, con los prejuicios, falsedades e hipocresías de un orden social caduco y cruel. Afirmada su fuerte personalidad de escritor, iba a manifestarse a plena luz el hombre, el rebelde.

(Concluirá.)

## VIDA ESPAÑOLA: CATALUNA LUCHA DE LIBROS

por N. MOLINS I FABREGA

Los literatos catalanes han estado dando hace unos meses un espectáculo poco ejemplar. Ha sido con motivo del premio Creisells, premio de cinco mil pesetas que un patronato concede todos los años a la mejor novela o ensayo del año, publicada o sin publicar, que se presente al fallo de un jurado, formado por los hombres más serios y competentes de la intelectualidad catalana.

Quiero hablar de ello, aunque hayan pasado unos meses y pueda parecer poco oportuno, para decir con toda imparcialidad la verdadera causa del maremágnum que quizá habrá extrañado a los que de lejos sigan con interés nuestro movimiento literario.

Lucha de libros he llamado a la lucha que se formó en torno del premio, cuando en realidad debiera llamarse lucha de editoriales, o quizá, en algunos casos, lucha de amigos de los autores. Triste es confesar—porque nos gusta la pasión puesta al servicio de las cosas que amamos—que de no haber editado los dos autores enemigos en la palestra en editorial distinta, la lucha habría tomado aspecto mucho más elevado y seguramente más provechoso, y, de todos modos, mucho menos bochornoso.

No quiero aquí en estas líneas salir en defensa de uno u otro autor, ésta es

una labor que corresponde a críticos de mucha más categoría; pero sí quiero significar que son tan distintos los valores que tienen los dos libros—*El Cercle Mágic* (Círculo Mágico), de Puig y Ferrater y Faumy de Soldevila—que muchos han de ser los alejados de nuestro mundo literario que se pregunten al leerlos cómo y en qué se ha podido basar una campaña y una lucha que llegó a la ofensa personal.

Yo, por mi parte, debo declarar que me une a Puig y Ferrater una amistad indudablemente poco profunda por lo poco que valgo, y con Soldevila ni eso; pero tengo para los dos un respeto y una admiración que me hace ver con desagrado la lucha a que ambos se han dejado llevar cuando quien competía realmente en la palestra no eran ellos ni para ellos, aunque pueda parecer lo contrario, sino unas editoriales con más o menos derecho; pero que nunca han tenido ni tendrán el de enlodazar ni poner en ridículo a los autores que les dan sus obras. Ha sido una lástima que hombres como Soldevila y Puig y Ferrater no hayan querido darse cuenta de esto y no hayan desautorizado a quienes les han expuesto al ridículo ante las personas que fuera de Cataluña siguen con interés nuestro movimiento literario.

Lea usted NUEVA ESPAÑA

Ayuntamiento de Madrid





**BELYK Y PANTELEEV.**—*Schkid. La República de los Vagabundos.* (Trad. de W. Rocés.) Editorial «Cenit» Madrid. 1930.

Cada nuevo libro de la moderna literatura rusa que llega a nuestras manos es una afirmación en la sensibilidad. En la sensibilidad y en la conciencia estética, alejada de sectores, de falanges, de determinados ismos; definida—y dispuesta—en cauces, en orientación. (Frente a este espectáculo, un poco caótico todavía—aparte las hondas crisis, las fuertes y sinceras gestaciones—, en nuestro plano literario, de tendencias, escuelas, modas, ecos o pastiches, nada tan consolador, tan equilibrado, tan vivo como la obra de la literatura rusa actual. Esta literatura, incubada en dos grandes conflagraciones—la europea y la civil, la revolucionaria—y, sin embargo, tan asentada en bases de eternidad, sin vacilaciones, sin un momento de paralización (crisis), lejos de la pirueta o la histriónada. Podría argüirse que no ha tenido, para su enriquecimiento, sino tender la mano en el desfile de la formidable teoría de acontecimientos. Contrástense, no obstante, sus fuentes originarias—tremendo bamboleo económico—con las de algunos pueblos—verbigracia: el nuestro—que sólo han sentido los efectos de trasguerra, y éstos con una retardada suavidad, y se evidenciará su humana envergadura, su fuerza imperecedera.)

Este libro que ahora nos llega: *Schkid. La república de los vagabundos*, libro autobiográfico, de reconstrucción (vivificación histórica de hechos de la infancia), tiene, por sobre el valor apuntado, el de poner de relieve, de una manera original, aguda, uno de los problemas que con más dramatismo se acusaron en el hecho soviético. Sin virtualismos de forma, pero con una suelta propiedad estilística, condénsase en dos calidades: la psicológica (literaria) y la pedagógica (social).

Al margen de la guerra y durante la revolución, un gran número de niños rusos quedó en el más espantoso abandono, brutalmente arrinconados, olvidados, por la realidad de los acontecimientos. Un libertinaje prematuro los condujo por las veredas del vicio, de la delincuencia. Ante el pavoroso problema, los Soviets—sorteando la red de implacables calamidades del momento—se alzaron, creando o renovando escuelas, de tipo original, revolucionario, que, como el «Schkid»—«Escuela Dostoiévsky»—, acogían a los jóvenes vagabundos, sometiéndolos a una disciplina de cultura, a un ejercicio de moral, de los que esperaban ver surgir el hombre nuevo, antítesis del jubilado burgués, paragonable con su sistema filosófico, con su concepto de la estructura estatal. ¿Consiguieron su propósito? Los autores—Belyk y Panteleev, ciudadanos eminentes de la famosa República—,

tras de pasar ante nuestros ojos, en apretado «film» retrospectivo, las peripecias, emociones, vida, pasión y tránsito de «schkidas» y «caldeos», nos lo demuestran, al final del libro y en una carta a los editores, haciendo reaparecer, ya convertidos en hombres—de veintidós años el que más—prácticos a su país, algunos figuras primordiales en el arte y en el profesorado, a muchos de los antiguos vagabundos. Ellos mismos, Belyk y Panteleev, ejercen en la actualidad de ingeniero uno y de arquitecto el otro, cultivando, además, las letras.

Por entre la visión de lo social—aliento de heroísmo, calor de empresa gigante, optimismo de la creación—, queda flotando eso: el análisis de las figuras, de los lugares, de las jornadas vividas, la morosidad en el recuerdo para reanimar el hilo alegre de la trama. Asistimos, con auténtico acercamiento al pretérito, a deliciosas escenas de ingenuidad, de picardía, de ingenio que constituyen la vida del reformatorio. (Y siempre, recortada sombra conductora, el gesto del profesor apostillándolo todo.) La psicología de cada escolar se va abriendo poco a poco en nuestras manos, y se va desarrollando, con nosotros, también, el proceso creativo de los caracteres, el educativo de los instintos. Toda la obra la impregna la jovialidad entera de la infancia, que aquí sabe a proeza, por como deviene audaz ensayo en el maestro, intuición preclara en el discípulo.

La traducción, hecha por el Sr. Rocés, es inmejorable. Una fina equivalencia en nuestro idioma del pintoresco paginario del «Schkid».

JUAN REJANO

**PAUL MORAND.**—*New-York. Flamarión.* París.

Dos capitales se disputan hoy la atención del mundo civilizado: Moscú, la ciudadela de la Revolución y Nueva York, la síntesis del capitalismo. Se han escrito en estos últimos tiempos muchos reportajes sobre la Rusia actual; se han escrito pocos y, sobre todo, pocos buenos—en Francia creo que es el primero—, sobre la gran arteria yanqui.

Al interés del tema se une en este reportaje el del nombre del autor. Paul Morand, autor de una docena de libros traducidos a varios idiomas, es un viajero infatigable: hoy le vemos en Tambuctú, capital del Sudán occidental; mañana, en las costas antillanas del mar Caribe; recorre toda Europa, hace un largo viaje al país de Buda, después otro por el África: sobre cada uno de estos viajes nos da un libro. Esta literatura de viajes está hoy muy en boga. Morand, el más viajero de los escritores franceses, lo está también.

Antes de escribir *New-York*, Morand ha hecho cuatro viajes consecutivos y

ha permanecido varios meses en la ciudad de los rascacielos. En algunas páginas sobrias y escuetas traza la historia de Manhattan, su fundación y su desarrollo, hasta llegar a lo que es hoy, a lo que representa en el mundo. Su libro está lleno de observaciones profundas y superficiales: uno cree asistir a una representación cinematográfica, vivir la vida de Nueva York. Pocas novelas me han apasionado tanto como este reportaje de la ciudad extraordinaria.

**ALBERT LONDRES.**—*Le juif errant est arrivé.* Albin Michel. París. 1930.

Albert Londres es el más famoso de los reporteros franceses. Con sus reportajes no busca sólo distraer, sino conmover. Cada uno de ellos es una crítica severa y generalmente una buena acción. Sus reportajes sobre los dantescos presidios de la Guyana y de Biribí conmovieron a la opinión y provocaron algunas reformas en el monstruoso régimen penitenciario francés; su reportaje sobre la trata de negros puso en evidencia los crímenes del colonialismo francés y obligó a la Administración a introducir ciertas medidas de clemencia; sus otros reportajes sobre la trata de blancas y sobre la situación de los manicomios franceses ejercieron también una acción bienhechora. Este reportaje que acaba de publicar sobre el mundo judío es, a mi juicio, el mejor de los suyos.

Londres estudia, en veintisiete capítulos, casi todos los problemas del judaísmo, para lo cual, gran periodista viajero, ha recorrido los principales países de Europa donde viven judíos y el Oriente. Empieza recordando las atroces persecuciones sufridas a través de la Historia por la raza de Israel, y particularmente los progresos rusos, bajo el régimen zarista, y acaba describiendo las luchas últimas en Palestina entre árabes y judíos. No se trata de un estudio pesado, sino de un estudio de reportero hábil, que sabe unir la documentación a la amenidad, el dato objetivo al rasgo pintoresco, humorístico. Londres legitima definitivamente con este reportaje su título de «rey de los reporteros».

J. G. G.

**MAURICIO PALEOLOGO.**—*Cavour.* Editorial Plutarco. Madrid. 1930.

Empecemos por decir que el autor de *Cavour* ha prescindido en lo posible de la literatura para ceñirse con precisión a la historia. En eso sigue paso a paso la vida del estadista italiano, sin omitir ni un detalle ni una fecha. Cosa nada fácil, porque el abigarrado momento que preside la existencia de Cavour necesita ser determinado con escrupulosidad: tan complejos y continuos son los acontecimientos de la Italia de entonces, en



locada entre la espada y la pared, entre la espada del tercer Napoleón y la pared austríaca.

Parece mentira: Cavour sentía también sobre sí el «mito romano», el mismo que ha sentido Mussolini. Pero el nacionalismo de Cavour era decididamente distinto al del inventor del fascismo. Porque la grandeza del pasado no le hacía engendrar ningún sueño imperialista; trataba únicamente de reconstruir Italia, de ordenarla otra vez, de restituirle la unidad que geográfica e históricamente le correspondía. Cavour cumplía fielmente el mandato del pasado. En cambio, Mussolini no toma del pasado sino el puro gesto imperial. No es un político: es un condotiero. Si Cavour no hubiese sido un institucionalista, un intérprete genial del Derecho político contemporáneo; es decir, si se tratase de un egotista específico, entonces su obra se hubiera estrellado contra la fuerza de Francia y la diplomacia del Papado. Hubiera querido ser un dictador como los que agrupa en sus páginas la historia de Roma; pero entonces no hubiera podido realizar el grandioso empeño histórico de la nacionalidad italiana.

El libro de Paleólogo no nos muestra solamente al hombre político. Nos presenta también al hombre a secas. Fugitivo de la milicia, viajero, agricultor, enamorado, lector infatigable, orador espléndido. Su vida es una vida constantemente superada. Su personalidad tiene tal riqueza de matices que es el político por excelencia, el reverso del hombre de especialidad.

D. F.

**RAMON MENENDEZ PIDAL.—La España del Cid.** Editorial Plutarco. Madrid. 1930.

El Sr. Menéndez Pidal, Presidente de la Real Academia Española, Director del Centro de Estudios Históricos, Catedrático de Filología románica de la Universidad Central y quizás caballero de alguna que otra Gran Cruz, es un investigador concienzudo de materias literarias e históricas. Particularmente ha estudiado con rigor y minucia propios de su espíritu historiográfico, académico y docente—notable espíritu-fichero—la figura del Cid. El Cid y su Poema. El Poema y su época. Su época y España.

Fruto de esta labor tan útil y recia son los dos volúmenes recién salidos a luz: *La España del Cid*.

*La España del Cid* es una obra bastante densa. Lo cual no ha de tomarse como una falta o demérito, puesto que en esta clase de trabajos, la espesura de la prosa y el ritmo monótono, coadyuvan el objetivo final del magisterio. Los tonos didácticos, de inculcación de sabiduría, son siempre graves. Gravedad, es igual a pesantez. Tal atributo sería lamentable en la obra de un verdadero artista-escritor, o sea de un creador de tipos, ambientes, conflictos, estilo. Pero en un científico, en un universitario, significa mérito y grande. Un investigador universitario no tiene por qué ser «literato». Aunque existan casos de duplicidad de facultades (con minúscula) como en Ortega y Gasset o en Unamuno. Al erudito le basta para sus menesteres de exteriorización con ser aficionado a la

gran literatura, y que de ésta se le pegue algo.

*La España del Cid*, llena de datos, referencias, pormenores, etc., resulta una estupenda obra para el empollón y para todo buen archivero bibliotecario. Es cosa, desde luego, importante, merecedora de una crítica especial y detenida.

E.

**A. OLLER.—La práctica médica en los accidentes del trabajo.** Morata. Madrid. 1929.

La legislación sobre accidentes del trabajo ha abierto un interesantísimo capítulo en la colaboración que la sociedad reclama entre médicos y juristas. El libro cuya redacción ha dirigido el doctor Oller viene a llenar una necesidad que se dejaba sentir entre los médicos españoles. Todo el primer capítulo de la obra está destinado a repasar el concepto médico-legal del accidente del trabajo. En él, el doctor Oller expone las modernas orientaciones dominantes en los demás países sobre la cuestión, haciendo un acertado juicio crítico sobre la legislación existente y el estado actual de España en la materia. Acompaña a este

capítulo un apéndice de gran importancia práctica, ya que está destinado a resolver la forma correcta de proceder ante un caso indeterminado de accidente.

Siguiendo el criterio inteligente de dividir la materia en especialidades, distintos especialistas abordan el estudio desde el punto de vista de la rama médica que cultivan. Los nombres de los doctores Oller, Mercedes Rodrigo, Casanova, J. Germain, Lafora, García Triviño y Melián y el de J. Mallart, son lo bastante conocidos por la clase médica española, y sólo vamos a dar una relación de las especialidades que comprenden la obra.

El doctor Oller estudia la parte referente a sistema óseo. Los capítulos de fracturas, Tuberculosis osteo-articular y prótesis de los amputados, revelan en el doctor Oller al especialista de bien cimentada fama. En colaboración con el doctor Germain afronta uno de los problemas más difíciles de la psiquiatría: *La simulación en general y desde el punto de vista neurológico*. Kretschmer, Jaspers, entre otros autores que marcan la orientación científica de esta parte de la psicología, pasan ante la vista del lector con sus teorías más significadas. El capítulo de traumatismos craneales lo desenvuelve el doctor Lafora, no olvidando el punto de vista pedagógico primordial que anima a la obra; es decir, el estar destinada al médico general. Con su agudeza acostumbrada, resume las más recientes adquisiciones respecto a neurosis traumáticas, uno de cuyos importantes capítulos, la neurosis de renta, constituye uno de los más arduos problemas de la especialidad. Germain estudia la parte referente a sistema nervioso: *Consecuencias lejanas de los traumatismos medulares y Lesiones traumáticas de los nervios periféricos*. La parte de corazón y pulmones corre a cargo del doctor García Triviño, estudiando, entre otras, la interesante cuestión de la relación de la tuberculosis con los traumatismos productores de accidentes; haciendo resaltar el criterio español de valorar el accidente por la relación de causa a efecto, criterio que se presta a interpretaciones no consecuentes. Las afecciones del aparato digestivo de origen traumático las estudia el doctor Casanova, siendo de capital importancia el apéndice relativo a incapacidades post-operatorias, por los problemas de capacidad a que puede dar lugar. El doctor Melián se ocupa de la parte referente a los sentidos especiales y, en colaboración con el doctor Oller, estudia la parte referente a la simulación en el aspecto visual y auditivo. La doctora Rodrigo aborda el tema de la prevención de los accidentes del trabajo, exponiendo las precauciones que adoptan en todos los países para reducir al mínimo el número de accidentados. J. Mallart se ocupa de la reeducación profesional de los inválidos del trabajo y su readaptación a la vida económica y social.

El libro va avalorado por un interesante capítulo de C. Madariaga, ingeniero, sobre el concepto social de la invalidez y su reparación, y de un prólogo a cargo de la prestigiosa pluma del doctor Goyanes, que presenta el libro al público médico.

A. ABAUNZA

Dentro de unos días  
la EDITORIAL CENIT  
pondrá a la venta un  
libro sensacional:

## Rusia al desnudo

DE PANAIT ISTRATI

PEDIDOS A

EDITORIAL CENIT, S. A.

APARTADO 1.229

Exclusiva de venta en librerías: C.I.A.P.



# “LA GACETA LITERARIA”

en su número del día 15 de marzo, de homenaje a

## DON MIGUEL DE UNAMUNO

publica originales, enviados expresamente para este número, de Miguel de Unamuno, Rafael Alberti, Rafael Altamira, Julio Alvarez del Vayo, Luis Araquistain, César A. Arconada, Jenaro Artiles, «Azorín», Ricardo Baeza, Jacinto Benavente, José Bergamín, R. Blanco-Fombona, E. Díez-Canedo, Juan Estelrich, Melchor Fernández Almagro, M. García Blanco, Alberto Ghirardo, Gil Benumeya, E. Giménez Caballero, Ramón Gómez de la Serna, Benjamín Jarnés, Juan Ramón Jiménez, Luis Jiménez de Asúa, R. Ledesma Ramos, Gregorio Marañón, Antonio Marichalar, Rafael Marquina, Ramón Menéndez Pidal, Gabriel Miró, Eugenio Montes, T. Navarro Tomás, J. F. Pastor, Ramón Pérez de Ayala, Gustavo Pittaluga, Santiago Ramón y Cajal, Pedro Sáinz y Rodríguez, E. Salazar y Chapela, Pedro Salinas, Ramón del Valle-Inclán, Angel Valbuena, Luis de Zulueta.

Aparte esta colaboración magistral, actual y directa, sobre la obra y personalidad de Miguel de Unamuno, publica este número originales de Pío Baroja, José Ortega y Gasset, Antonio Machado, Rubén Darío, E. Gómez de Baquero, y originales sobre la literatura de Miguel de Unamuno en el extranjero, de Aubrey F. G. Bell (Inglaterra); Jean Cassou (Francia); Curtius, Kayserling y Edda Reinhardt (Alemania); Novaes Teixeira (Portugal); Julio Alvarez del Vayo (Rusia); Giovanni Papini (Italia); Dirk Coster (Holanda); R. Blanco Fombona (Hispanoamérica); Jhon Dos Passos (Estados Unidos).

No obstante la excepcionalidad de páginas y colaboración, este número de

# “LA GACETA LITERARIA”

se vende, como todos, al precio de

**30 céntimos**

De venta en kioscos y en la Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15

## Lea usted los cuadernos de “La Gaceta Literaria”

Han aparecido hasta ahora:

**Circuito Imperial**, E. Giménez Caballero. 3,75 pesetas.

**Salón de Estío**, Benjamín Jarnés. 4 pesetas.

**Novísimas Greguerías**, Ramón Gómez de la Serna. 4 pesetas.

Compañía Iberoamericana de Publicaciones, Príncipe de Vergara, 42 y 44. Librería Fernando Fe, Puerta del Sol 15. Librería Renacimiento, Preciados, 46, y Plaza del Callao, 1, Madrid. Librería Barcelona, Ronda de la Universidad, 1, Barceloná. Librería Fe, Campana (junto a Sierpes), Sevilla. Librería Fe, Isaac Peral, 14, Cartagena. Librería Fe, Mariano Catalina, 12, Cuenca. Librería Fe, Larga, 8, Ierez. En Tánger, antigua calle del Banco de España. En Buenos Aires, Florida, 251.

**15338 - 53742 - 13816 - Llame a uno de estos teléfonos.**

**Recibirá el libro que desee sin recargo alguno.**



# reseña teatral

## Un estreno de Unamuno

Sin proponérselo, espontáneamente, don Miguel de Unamuno es más nuevo que nadie. Su voz es nueva de tan vieja, porque sus palabras tienen miles de años. Como la vida misma, es antiguo y actual. Tiene la experiencia de la historia. Y es poeta.

Da la sensación de que D. Miguel de Unamuno desciende al teatro con toda naturalidad. Y digo que desciende porque su trono ideológico está lejos de escribir teatro genial, sino que le sale genial porque sí, sin otra explicación. Es como un rey poderoso que, a través de todos sus disfraces, dejase ver sus ademanes de rey. Ademanes de rey en la novela; ademanes de rey en la poesía y en el teatro. Más que de rey—privémosle del agravio titular del símil—, de sacerdote. De gran sacerdote sabio.

La mentalidad de nuestras actrices no ha sido compatible con Unamuno. Fedra se ha puesto en teatros de barrio. La

por ANTONIO DE OBREGÓN

claudicación al público es el plato del día de nuestros lectores. *Todo un hombre* tuvo mejor suerte. Por otra parte, fué *Nada menos que todo un hombre* la única novela que conozco, verdaderamente novela, que ha ganado en el teatro verdadero. Resultó como carácter, conmovió a los lectores y espectadores. Cuando Unamuno se construyó una pluma teatral para escribir un nuevo drama, sabíamos que, por pequeño que fuese su intento y por poca importancia que le concediese, tendría una tesis genial. *Sombras de sueño* es un drama sabio, hijo del más natural intento, porque D. Miguel de Unamuno no pudo pensar en el relieve que su creación cobra al ponerla frente al público, la talla que sus personajes adquieren cuando dejan sus cuartillas y se encaraman al escenario.

Cuatro actos tiene *Sombras de sueño*. Del primero al último se asciende en interés y calidad. El primero, como todo comienzo de pendiente o cuesta arriba, levanta todavía poco del suelo, pero cuan-

do queremos recordar y miramos hacia abajo, ya vemos el abismo en cada frase, ya hemos subido tanto, que no tenemos más remedio que—sin vacilaciones—llegar al final. Luego, cuando cae el telón del acto cuarto, tenemos que dar tan gran salto para llegar a la realidad que por mucho cuidado que pongamos, nos hacemos daño al caer, nos rompemos algo que casi siempre es el espíritu crítico, el sentido de la confrontación, por esta vez, impar.

Una isla. Una casa en ruinas, en quiebra. Un padre, Solórzano. Una hija, Elvira. Un libro de aventuras, un libro prodigioso que no deja ella de sus manos: la vida del libertador Tulio Montalbán, escrita por D. Adolfo Jasquetot, su suegro. Tulio Montalbán: un héroe que vive dormido en el corazón de Elvira—¡tan lejos del mundo en sus latitudes!—Tulio Montalbán murió junto a un río sagrado. Ese es—no más—el acto primero.

En el segundo: «Un rincón de la costa, con un pequeño arenal». Elvira, sola, y el caballero Julio Macedo, naufrago. El hombre sin historia, el hombre nuevo, que ha prescindido del pasado y que se apodera de ella haciéndola deshojar la margarita del mar.

Luego, en el acto tercero—sí—Julio Macedo es el matador de Tulio Montalbán; pero más tarde, en el último, Julio Macedo es Tulio Montalbán, el aventurero, el héroe que intentó matarse para no terminar como la mayoría de los libertadores: en tiranos. Y Tulio parte en busca de su Elvira primera, dejando a su Elvira segunda mirando al mar, llenándole con sus lágrimas. Después, un tiro. Julio Macedo ha logrado matar a Tulio Montalbán.

Un poema dramático que sobre todos los poemas tiene el del propio brillo gramatical del Maestro.

Algunas frases:

«Me gustaría volver al seno materno, a su oscuridad y a su silencio. Me gustaría desnacer, no morir...»

«No eso de poetisa. Hombre poeta, mujer poeta. Poeta es común de dos. Y usted para mí es poeta, es decir, creadora, madre. La madre no tiene sexo...»

«No hay más que un solo amor... el primero... el que un hombre virgen cobra a una mujer virgen.»

«Quemar todo, todo. Quemar la historia.»

«Si un rey es hombre, ¿sabe cuál ha de ser su supremo anhelo? Retirarse a un rincón remoto, acaso a una choza, y encontrar allí a una pastora que le quiera sin saber quién es, sin saber que es rey, ignorando que existen reyes en el mundo.»

Salamanca—el nido intelectual de esa gran ave rara que es Unamuno—ha aplaudido—de gala—*Sombras de sueño*, que ha estrenado la Compañía Clásica de Arte Moderno. Cuando Madrid reciba la obra de D. Miguel de Unamuno, ha de vestirse de respeto, que es el más preciado fruto de desagravio.



Un moderno grupo ruso de "ballet".

Ayuntamiento de Madrid



# La quincena internacional

## EDITORIAL

### Reforma o conservación social

La evolución de la última crisis francesa debe retenerse como dato importante de otra evolución más amplia. La de una institución esencial del Gobierno democrático: el Parlamento. Debe retenerse y ponerse en línea con otros dos hechos recientes: el grave aprieto en que se vió hace días el Gabinete laborista en la Gran Bretaña, al discutirse en segunda lectura el proyecto de ley reglamentando la industria hullera, y la situación política originada en Alemania por la probable aceptación del plan Young en el Reichstag y por el proyecto de reforma financiera.

Considerados aisladamente, parecen tres incidentes sin nexo casi. Pero examínense en conjunto y se advertirá la gran divisoria social que la política mundial va trazando, cada vez con más fuerza. Se echará de ver lo que las combinaciones de partidos enturbian tan sólo en la superficie, la disgregación de los grupos intermedios, la paralela cohesión creciente de dos grandes núcleos esenciales. Izquierdas y derechas: reforma social y conservación social. Este es el hecho patente, barájense como se quiera las etiquetas y los rótulos, más o menos adecuados o ilusorios.

Este fenómeno trae a su vez una consecuencia no menos evidente: el casi equilibrio de ambos conglomerados políticos, que tienden cada vez más a neutralizarse mutuamente. En Francia en Alemania, al menos, si bien la estricta superioridad numérica se inclina—en el país—a favor del grupo de reforma social, los frenos y palancas del sistema electoral transforman efectivamente esta leve ventaja, en el Parlamento, en otra a favor del grupo contrario. En la Gran Bretaña—debido a la agudización de los problemas económicos—el predominio conservador (incluyendo, naturalmente, bajo este denominador el ala derecha liberal) va perdiendo terreno con cierta rapidez. De no haber tenido el Gabinete Mac Donald los nueve votos de mayoría que en el debate aludido impidieron su derrota, es seguro que hubiera pedido la disolución de la Cámara de los Comunes y dado la palabra al país para nuevas elecciones confiando en un triunfo laborista más rotundo esta vez.

En conjunto, este casi equilibrio de ambas fuerzas sociales, representadas por su respectivo conglomerado de grupos parlamentarios, hace muy difícil y precaria la labor gubernamental. En los tres países citados hoy; mañana, en todos los demás países que conviertan en realidad su actual ficción parlamentaria o restablezcan un sistema provisionalmente sustituido por dictaduras. Y entonces se planteará de modo más general y agudo el problema que ya viene asomando.

Obedeciendo a la ley patológica de que los gérmenes morbosos sólo se desarrollan en medios ya propicios, en varios países de Europa se ha pretendido prolongar la hegemonía de determinadas oligarquías por medio de regímenes de fuerza. Países que no han conocido de la democracia más que una ficción irrisoria, y en los cuales—uno tras otro—viene fracasando, más ruidosamente porque más pregonado, el poder personal. A medida que desaparezan estas lacras del pasado, también allí se planteará la cuestión de la reforma parlamentaria. Ya no cabe la ilusión de resolverla con cirugía dictatorial. Sólo queda mirar los hechos serenamente, de cara, y ponerse a la obra.

¿Cómo será la reforma? ¿Se suprimirán las anacrónicas «altas» Cámaras—Senados, House of Lords—para implantar en su lugar una genuina representación corporativa, conservándose—mejorada—la representación ciudadana en la Cámara popular?

El tiempo dirá. Pero no estará de más que todos vayan pensando en que la reforma es necesaria y que se impone su estudio. Más vale dejar a los que sueñan con la Jauja de las dictaduras sin control en su Muro de las Lamentaciones y ver qué se hace con ese sistema parlamentario, que—según dicen—no deja gobernar. Con todos sus defectos, la experiencia reciente ha demostrado que aún puede compararse favorablemente con el bandolerismo de los «patriotas profesionales».

## INFORMACION

### El «desarme» naval

El regreso de la Delegación francesa a Londres ha permitido reanudar los trabajos de la Conferencia. Briand insiste en las conclusiones del Memorandum; pero a la vez ofrece la posibilidad de que Francia reduzca su programa de construcciones navales, a cambio de un Pacto de amistad y mutua asistencia con la Gran Bretaña e Italia. No tiene, desde luego, esperanza de atraer a los Estados Unidos en un acuerdo de esa índole.

La tesis es conocida: reducción (ya que no desarme—Marte nos libre—) en razón directa de las garantías de seguridad. ¿Aceptarán Inglaterra e Italia la proposición? Mac Donald ha declarado ya por radio, en una alocución dirigida al Canadá y a los Estados Unidos, que Inglaterra no firmaría, a raíz de la Conferencia en curso, Tratado alguno que supusiera para ella enzarzarse en nuevas alianzas militares.

Cabe, pues, suponer que el nuevo «Pacto de seguridad»—si llega a concertarse—se reduzca a una repetición de las vaguedades humanitarias y de los compromisos verbales del Pacto Kellogg. En tal caso podría servir a Briand de argumento para convencer, en el Parlamento francés, a los adversarios de cualquier reducción del programa de

«defensa nacional». Este programa afecta de cerca a poderosos intereses industriales, que no dejarán de defenderse, llegado el momento, aunque sea a costa del erario nacional y hasta de la buena marcha de la política exterior del país.

Si consigue Briand ese objeto, podrá dar pruebas en Londres de una tendencia conciliadora que acreciente su aureola pacifista, y habrá logrado una victoria dialéctica muy de acuerdo con su tradición.

Pero, ¿todo eso es desarme? ¿Es el desarme moral y material que necesitan con urgencia los pueblos para salvación definitiva de la civilización occidental? Hasta la proyectada reducción es una farsa. Se va a reducir aquello que los mismos técnicos juzgan anticuado, ineficaz: los buques de línea, acorazados y grandes cruceros. Y con el dinero así ahorrado se va a conservar lo demás, aumentando en lo posible las nuevas armas, no especificadas en Washington, y conceptuadas hoy más eficientes.

Mientras los pueblos no se decidan a cerrar ellos mismos esa sangría, a librarse de una vez de esa abrumadora carga que les ahoga, que amenaza constantemente su existencia y la común civilización; mientras el desarme dependa de los técnicos militares y de los consejeros a sueldo, no habrá desarme. Aunque la Gran Bretaña y los Estados Unidos suavicen su rivalidad marítima, un gigantesco proceso contra la Internacional de los armamentos, ampliando el que se anunció contra Krupp y Thyssen, haría mejor labor que la Conferencia de Londres.

### En la India

De hecho ha comenzado la lucha entre los nacionalistas indios y la Administración británica. Mahatma Gandhi envió un ultimátum al virrey, amenazando con emprender una campaña de «desobediencia cívica». El ultimátum ha sido recogido en Delhi. Lord Irving ha advertido a Gandhi de la gravedad de su decisión, que implica «violación de la ley y peligro para la paz pública»; y en cuanto al lugarteniente del Mahatma, Vallabhai Patel, que quiso pronunciar el primer discurso preconizando la huelga de contribuyentes y demás medidas que constituyen la «desobediencia», fué detenido, juzgado sumarisimamente y condenado a tres meses de prisión.

Todo permite suponer que van a precipitarse los acontecimientos. Patel ejerce una influencia aún mayor que la de Gandhi en el distrito de Jalalpura, escogido por los nacionalistas para emprender la extracción de la sal, contra el monopolio del Gobierno. Jalalpura linda con Bardoli, donde el mismo Patel organizó ya anteriormente una huelga de contribuyentes—con todo éxito, pues el Gobierno tuvo que ceder—. Su detención habrá de causar gran sensación en las filas nacionalistas. Además, es muy



probable que el propio Gandhi va a ser detenido a su vez, antes de que su campaña produzca sus primeros frutos. Será en extremo difícil que los principios de «no violencia», de resistencia pasiva, preconizados por el líder, sean observados por las masas, impulsivas por temperamento y fanatizadas por ardientes predicaciones contra «el opresor». A los pocos años de distancia va a repetirse la historia...

La política india, como la del resto del mundo, obedece también a motivos económicos que no deben olvidarse en estos momentos. La elevación proyectada de los derechos de arancel sobre tejidos de algodón ha provocado gran alarma en Lancashire y no poca indignación en el Japón. Los fabricantes de Manchester temen por su mercado; los fabricantes japoneses protestan contra la preferencia acordada a los productos ingleses; queda por saber—y nadie cuida de informarnos—lo que opinan los habitantes de la India, a quienes afecta también la medida, puesto que habrán de pagar ellos—en fin de cuentas—el aumento propuesto.

### Las «atrocidades soviéticas»

La ofensiva a que aludíamos en el número anterior se confirma y toma un giro destinado a enrolar el mayor número posible de gentes en esta cruzada contra «la barbarie soviética». La propaganda desarrollada en U. R. S. S. contra lo que allí llaman «el opio del pueblo» ha sido presentada, especialmente en los países anglosajones, en una forma ca-

## NOTICIAS LITERARIAS

### Alemania

*Die Literarische Welt* da cuenta de la aparición de NUEVA ESPAÑA, y dice, entre otros elogios que le agradecemos: «En Madrid ha aparecido en los últimos tiempos una serie de buenas revistas. En primer lugar está NUEVA ESPAÑA, dirigida por Antonio Espina y Díaz Fernández, que se caracteriza por lo sencillo de su presentación y lo intenso de su contenido. En el suceso de esta revista ha puesto la España liberal grandes esperanzas, porque se llama NUEVA ESPAÑA y aparecía precisamente el día en que cayó la Dictadura.»

\*\*\*

Piscator, el revolucionario teatral, el que hace el teatro, no para embaucar al pueblo, al modo del «poseído» Botemelli, sino para inquietarlo, realiza actualmente una «tournée» por las provincias alemanas, y está obteniendo un considerable suceso.

\*\*\*

Vosler, profesor de la Universidad de Munich, ha dicho, en una conferencia dada en la Escuela de Política, de Ber-

lín, ante un público de 1.000 personas, sobre el «Carácter del pueblo español»: «España es el pueblo más serio del Universo.»

\*\*\*

Dentro de pocos días se espera en Berlín, con su denonada «troupe», a Meyerhold, el director del teatro Soviético, de Moscú. Desde la última vez que estuvo aquí Meyerhold, cuando las Empresas del teatro se le disputaban con ofrecimientos fabulosos, no ha dejado de ser solicitado desde Berlín; pero él ha preferido vivir con sus 400 rublos (unas 600 pesetas) mensuales, trabajando en la propaganda soviética, a las tentaciones de Occidente. Ahora Meyerhold ha encontrado un hueco en su labor sin menoscabo de su misión en Rusia, y vuelve de nuevo a Berlín.

\*\*\*

Va a estrenarse en Berlín una obra teatral de Alfred Döblin, el autor de *Berlin, Alexander Platz*, la más grande novela actual de Alemania. Se titula *Matrimonio*, y se ocupa de problemas del matrimonio. Es una obra intensísima, que producirá una gran impresión.

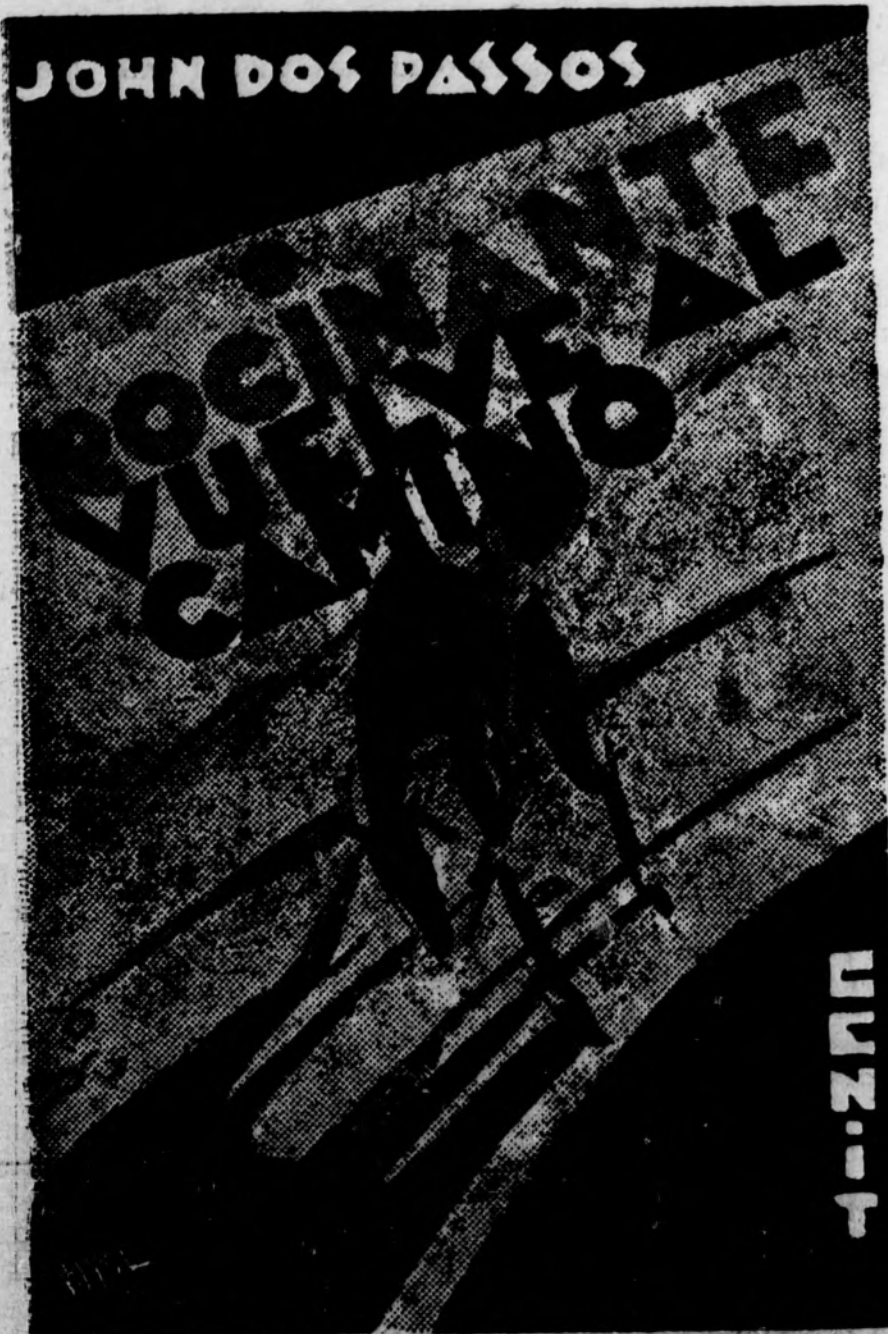
paz de promover el odio popular contra un régimen «culpable de semejantes atrocidades».

Ha habido, sin embargo, un periódico de noble tradición liberal—el *Manchester Guardian*—para indagar el fundamento de aquellos relatos espeluznantes y de mostrar de qué manera se habían falsea-

do los datos con el fin de crear una leyenda negra contra un régimen odiado.

Aquí, donde combatimos toda tiranía—incluso la de un chekismo de importación—, sumamos nuestra protesta contra tales campañas y procedimientos de lucha.

O. P.



## UN LIBRO QUE ES UNA REVELACION

El joven escritor norteamericano, autor de la novela «Manhattan Transfer», que tan genialmente describe la vida de Nueva York, traza en este libro un perfil definitivo de España.

**5 p e s e t a s**

Pedidos contra reembolso a Editorial Cenit, S. A.

Apartado 1.229.—MADRID

Exclusiva de librerías: C. I. A. P. Librería Fe,

Puerta del Sol, 15.—MADRID



# LA TONIFICACIÓN DE LOS NEUTROS

por

ANTONIO ESPINA

Yo—la verdad—siempre he sido un poco escéptico respecto a esas bellas cualidades que, al decir de los españoles, nos adornan a los propios españoles. La creencia, tan extendida en España—naturalmente—, de que el español, en general y en su tipo medio intelectual y ético, es uno de los *productos* más valiosos de Europa, no la he compartido nunca. Quizá consista esto en que no soy patriota como los demás. O en que mi patriotismo va por otros cauces ajenos a los del *piropo* mutuo y a los de la aceptación previa e irreflexiva de cualquier lisonja. El *piropo* como tesis autocrítica me parece cosa perfectamente despreciable.

Tampoco creo que el español sea entre los mesotipos el producto inferior de Europa. No es el bárbaro con cuatro ideas en la cabeza, como pensó Gánivet en un momento de mal humor; ni España, en conjunto, es el presidio suelto de que hablaba Silvela. Pero lo cierto parece que, al menos en algunos aspectos del pensamiento y sobre todo de la cultura moderna, España no da el nivel que se observa generalmente en otros pueblos; en los pueblos señeros del mundo, que ahora no hay necesidad de nombrar y que, desde luego, no son, como seguramente podrían imaginarse ustedes, ni Italia ni Rusia.

Planteada la cuestión en el terreno de la vida política, vemos que nuestro pueblo no funciona. No funciona bien. Y no funciona bien porque la colectividad reguladora de la salud y armonía públicas, que en España, como en todas partes, es la «masa», se halla débil de intelecto y pobre de dignidad. Débil de intelecto para comprender, retener y enterarse (ilustrarse siquiera en dosis módica). Y pobre de dignidad (casi exenta) para reaccionar con la debida y proporcionada energía contra el desafuero, la violencia y la humillación. Deviene, pues, la masa y, por lo tanto, su tipo común representativo, incapaz de funcionar bien. Entiendo «por bondad» en este caso la que cumple a su normal ejercicio de vida política. Y por normalidad la que informa los regímenes políticos en los países más organizados y finos de Europa. (No se me ocurre establecer la comparación con las tribus más atrasadas de África, porque entonces exageraría la nota y caería sin remisión en ese vicio comparatístico y confortable del *piropo* a ultran-

za y la autolisonja, tan convincentes para los infinitos celtíberos de caverna que todos conocemos.)

Impermeabilidad a las ideas y conceptos del Derecho; a las formas y principios políticos adecuados a nuestra fecha, y ya en marcha, indiscutibles, desde hace ciento cincuenta años, en todo el mundo inteligente. Ignorancia de la historia nacional y sus ejemplos. Desdén brutal y cínico por los ejemplos más selectos de fuera. Tales son las actitudes y criterios, los defectos y los excesos que hemos podido observar en este primer tercio de siglo en el grueso cuerpo, en el corpachón pesado del pueblo español, tal vez como herencia decimonónica. Sensibilidad lenta y esquiva; flojera de voluntad para contraerla al tono de las decisiones honradas. Conciencia laxa. La conciencia del pueblo español dijérase que tiene relajados todos sus esfínteres, los morales y los ideológicos. Al pueblo español le hemos visto acercarse, en su masa neutra, como un mendigo de resoluciones civiles, de resoluciones dobles (con doblez); unas veces tendiendo la mano a la derecha y otras veces, muchas menos y por equivocación, sin duda, a la izquierda.

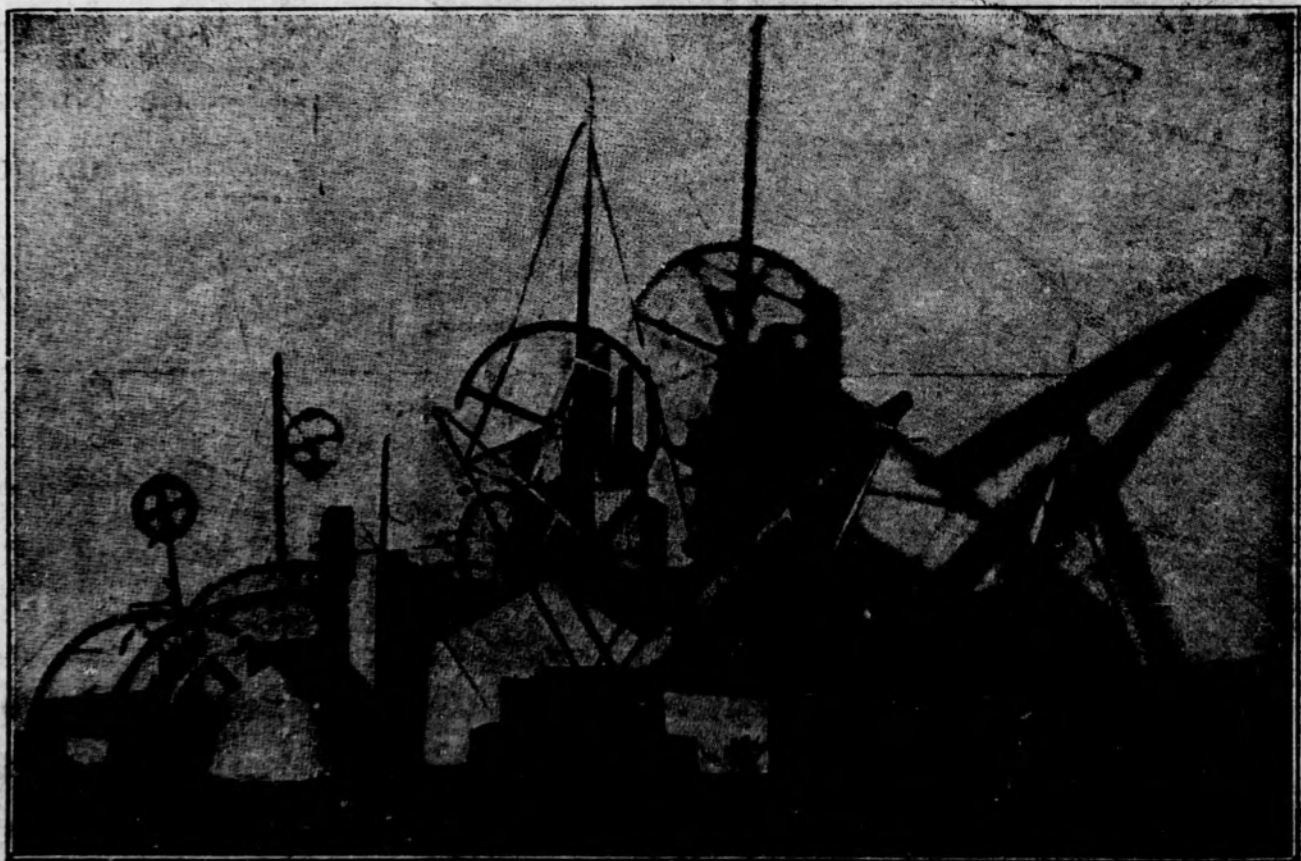
¿Qué debe hacerse? ¿Qué deben hacer las personas que no figuran en esa masa neutra, medio muerta, para atraerla, para galvanizarla y, luego de rápida tonificación, ponerla en condiciones de intervenir en la vida política, creando en

ella conciencia ciudadana, preocupación por las ideas, reacciones de dignidad?

La presión de la dictadura ha originado un brote de interés por la política. La gente va tomando color y calor y una corriente de organización y deseos de actuar arrastra por igual a las clases que más importan en la sociedad de nuestro tiempo: intelectuales y proletarios.

Ellos son los que pueden y deben encargarse de elevar los tipos medios y de vencer la impermeabilidad de la neutra españolería egoísta, a fuerza de luchas, de duchas, mejor dicho. Duchas heladas o ardientes. Empape del cuerpo nacional con líquidos de emoción y pensamiento: palabras, libros, conductas; leñas democráticas—porque al demonio y del demonio proceden todas las linfas bautismales de todos los Jordanes—y sueros de libertad, diáfanos o rojos. El agua mansa y persistente o el salto de agua. El salto torrencial lo han tenido en alguna época de su historia Francia, Inglaterra y Norteamérica. A España le ha faltado en sus crisis de desarrollo histórico una verdadera revolución, como la tuvieron aquellos países. Nuestras revoluciones fueron más bien parodias superficiales a cargo de grupos ambiciosos; el motín popular o el militar pronunciamiento. Por desgracia, nos ha faltado la catástrofe profunda. Y fecunda.

ARGIS.-Altamirano, 18.-Tel. 40505.-MADRID



Un modelo de escenario del teatro moderno alemán.  
Ayuntamiento de Madrid